LAURA FERNÁNDEZ

HAY UN MONSTRUO EN EL LAGO

El mundo como lugar fantástico

EN DEBATE

Para Sofía, que no se subió al barco porque creía, de verdad, de la única verdad posible, que había un (MONSTRUO) en el (LAGO).

Para los que querrían poder creerlo aún de esa forma, con la encantadora certeza, con la ingenuidad invencible, de quienes alguna vez fueron.

1

El señor y la señora MacKay / Un minúsculo breve en el *Inverness Courier* / ¿Ha dicho usted la palabra (MONSTRUO)? / Luces de Navidad en la estación de tren / Un hotel llamado Drumnadrochit / El (PRINCIPIO)

No eran más que un hombre y una mujer en un coche. Recorrían una carretera aún por asfaltar. El coche era la clase de coche que parece un coche de caballos con ruedas. Un cómodo pero aparatoso montón de temblequeante chatarra de la época. La época es la época de los años 30. El año, en concreto, es 1933. La pareja, el señor y la señora MacKay, regresan a su hotel, el Drumnadrochit Hotel, después de haber pasado la mañana en Inverness. El lugar es Escocia, sí, y la carretera es la carretera que bordea el lago Ness. Durante incontables siglos, el lago Ness, el *Loch Ness*, fue un sitio remoto y solitario, inaccesible. No hubo más ojos humanos posándose en su manto *negro*, esa superficie aparentemente *sólida* de agua oscura y *mutante*, que tanto tiende a dibujar pequeñas islas *líquidas*, en un intento *metaacuático* de contener un lago, infinitos, dentro del propio lago, como a encresparse y *fingirse*, por momentos, mar *abierto*, o permanecer, sin más, como un inalterable y densísimo misterio *acuoso*, que los ojos de los pescadores locales, y de algún que otro viajero ocasional. Intrépidos caminantes, o prehistóricos

senderistas, que se atrevían a cruzar el *highlander* Gran Glen, o Great Glen, esto es, la escarpada colección de valles que se extiende a lo largo de más de 100 kilómetros desde Inverness, en el fiordo de Moray, hasta Fort William, en el extremo de otro *loch*, el *Loch* Linnhe. Puede que existiesen senderos, pero no había un *camino*. Ningún lugar desde el que poder contemplar el lago en el que, supuestamente, habita el monstruo más famoso del planeta.

El *único*, en realidad.

No fue hasta el siglo XVIII que no se construyó un camino. Se construyó junto a la costa para aprovisionar una guarnición militar. Se le dio un nombre. Ruta Militar del General Wade, se le llamó, porque fue el tal general Wade quien lo construyó. Voló rocas con pólvora para hacerlo. Y durante un tiempo, una parte del lago fue visible desde el camino, desde la *ruta* del General Wade. Pero luego dejó de serlo, porque el camino se *borró*. Crecieron matorrales, incluso *árboles*, y el camino desapareció. Oh, existían los senderos, pero ¿adónde llevaban? No a la clase de lugares que cualquiera querría frecuentar, así que se diría que el lago estuvo solo mucho tiempo. Pero aquel año, 1933, el año en el que el señor y la señora McKay regresan a su hotel, el hotel que, casualmente, regentan, el Drumnadrochit Hotel, convertido hoy en algo llamado The Loch Ness Centre, un encantadoramente *kitsch* híbrido de museo dedicado a una criatura que quizá no exista y centro de investigación –oh, montones de datos aquí y allá– del lago en el que supuestamente dicha criatura habita, había dejado de estarlo. Porque aquel año, 1933, se había hecho el primer intento serio de construir una carretera que bordease el lago. Se habían vuelto a volar algunas

rocas, esta vez, con dinamita, y coches y camiones habían empezado a circular.

Fijémonos en el coche de los MacKay, ¿no les parece un coche de caballos con ruedas? Uhm, sin duda. Aldie MacKay contempla el lago desde el asiento de copiloto. El agua está en calma y las nubes y los matorrales, los árboles y las montañas, se reflejan en ella como lo harían en un enorme espejo oscuro, pero nada deformante. Como comprobaré yo misma, casi un siglo después, a bordo de un pequeño barco, un pequeño barco con cafetería, una cafetería en la que sirven (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS), y, por supuesto, (MONSTER SOFT DRINKS), podría pasar por una pista de patinaje sobre hielo, un hielo negruzcamente verdoso, que a ratos amarillea, al romperse y volverse líquido espumoso, tras la popa del barco. Y ese es el aspecto que tiene aquel día, el día en el que Aldie y su marido regresan a su hotel. Hasta que (UN MOMENTO) (¿QUÉ ES ESO?) ella ve algo *moverse* en el agua. Al principio se dice, y esto es lo que le cuenta a Alex Campbell, el corresponsal del *Inverness Courier* que, dos semanas después, publicará en tan modesto rotativo local, un minúsculo breve al respecto, que podría tratarse de una mera pelea entre un par de patos salvajes. Pero ¿acaso estaba viendo Aldie a unos patos? Lo único que veía era una giba gigante alejarse. Es decir, algo que había emergido del lago con otro algo a su espalda. La giba. Una protuberancia similar a la de los camellos o, mejor, a la de ciertos *dinosaurios*. Una pequeña montaña sobre una superficie que no era, claramente, la superficie del lago sino otra *cosa*. Y a esa pequeña montaña le siguió otra. Aldie MacKay calculó que las dos gibas juntas podían alcanzar los seis metros de longitud. Eso le contó a

Campbell. Le dijo también que las gibas habían dibujado una enorme estela a su paso, y que, al principio, se habían dirigido al muelle de Aldourie, el muelle del *castillo* de Aldourie, el muelle en el que *oficialmente* dio comienzo la leyenda del (MONSTRUO) del lago Ness, la leyenda de (NESSIE), pero que, en el último momento, viraron bruscamente a la izquierda, describiendo una trayectoria semicircular, y que, finalmente, se hundieron, provocando algo parecido a una pequeña colección de olas *sumergibles* a su alrededor. Ese montón de olas fue lo único que vio el señor MacKay cuando acertó a detener el coche, y ¿acaso habló de ellas con Alex Campbell? Oh, no. La única que habló con Campbell fue Aldie.

El minúsculo breve que Campbell, el atareado encargado de las aguas de Fort Augustus y corresponsal del *Inverness Courier*, el tipo que, como su padre en el pasado, se dedicaba a proteger la cría de salmón en el lago, y a escribir sobre lo *poco* que acontecía en tan apartado lugar, publicó dos semanas después, el 2 de mayo de 1933, se tituló (STRANGE SPECTACLE IN LOCH NESS), es decir, (EXTRAÑO ESPECTÁCULO EN EL LAGO NESS). En él se mencionó por primera vez la palabra (MONSTRUO) para referirse a ese algo desconocido que podría haber habitado tan misterioso y, en algún sentido, encantado lugar desde el principio de los tiempos. Oh, sí, hay un principio de los tiempos. El primer avistamiento documentado data del año 565. Y el avistador fue nada menos que un *santo*. San Columba. Un monje misionero. Su encuentro con el monstruo lo cuenta, en el latín de la época, su biógrafo, un tipo llamado Adomnán, que asegura que San Columba se metió en el agua, al ver que el (MONSTRUO), la entonces (CRIATURA DEL AGUA), había atacado a un feligrés, y le ordenó alejarse, llegó a

gritar (¡YO TE EXORCIZO, CRIATURA DEL AGUA!), y, obediente, el (MONSTRUO) reculó, se sumergió y desapareció. Hay una fotografía del momento, oh, no del *momento*, por supuesto, sino del momento *literario*, en un libro llamado simplemente *The Loch Ness Monster*. Tiene 32 páginas y parece un catálogo hecho con un presupuesto francamente bajo. Terriblemente editado, por algo llamado Pitkin, y sin un solo nombre al que acudir a rendir cuentas. Es decir, sin *autor*.

Sorprendentemente, tratándose como se trata de un atractivo turístico sin igual, capaz de atraer a 1,6 millones de visitantes al año y generar alrededor de 330 millones de libras, es decir, 373 millones de euros, de ingresos y de crear cientos de puestos de trabajo, no existen más que esa clase de libros sobre el asunto, y todos, curiosamente, se llaman simplemente *The Loch Ness Monster*. Al menos, en la tienda de *souvenirs* en la que doy con él, en ese futuro que se sitúa casi un siglo después de que los MacKay le cuenten a Alex Campbell lo que han visto en el lago, ese futuro en el que estoy a punto de embarcar en un crucero Jacobite, y echar de menos a Tim Dinsdale. Tim Dinsdale escribió el único libro que puede considerarse una *investigación de campo* al respecto. Tim Dinsdale fue un ingeniero aeronáutico. Trabajó para la Royal Air Force británica hasta que un artículo aparentemente ridículo, titulado (THE DAY I SAW THE LOCH NESS MONSTER), es decir, (EL DÍA QUE VI AL MONSTRUO DEL LAGO NESS), publicado en una revista llamada *Everybody's*, le convirtió en criptozoólogo. Un criptozoólogo es alguien que intenta probar la existencia de animales extintos o mitológicos. Si aquel artículo convirtió a Dinsdale en un criptozoólogo fue porque, al poco de leerlo, empaquetó sus cosas y se instaló en una de las orillas del lago Ness. Corría, *también*, el mes de abril.

¿Recuerdan a los MacKay? Están a punto de llegar a *casa*, están a punto de llegar a su hotel. El Drumnadrochit Hotel. Pero antes déjenme decirles que no es fácil dar con un ejemplar del libro que Dinsdale escribió después de *probar*, con una *película*, que el (MONSTRUO) *existía*. Oh, en dicho *clip*, de apenas un minuto, un minuto *eterno*, puede verse claramente cómo algo se mueve en el agua. Es un algo que se aleja.

El director del documental *Loch Ness: They Created a Monster*, John MacLaverty, lo incluyó en el metraje de la cinta, producida en 2023 y centrada, por cierto, en el furor que despertó el lago, y la forma de vida junto a él, en la década de los 70, añadiendo la entrevista que un desgarbado reportero televisivo le hizo a Dinsdale junto a una cerca, en la orilla, señalando el exacto lugar en el que el (MONSTRUO) *apareció*. Dinsdale luce una perilla *ancla*, o cepillo, y tiene el pelo revuelto y mojado. Lo único que dice es que, cuando vio aquella cosa emerger del agua, empezó a grabar. La cosa en cuestión no era más que «un objeto desconocido *inanimado*». O eso consideraron dos décadas después los expertos de la Royal Air Force a los que Dinsdale hizo llegar una copia de la película. Y pese a ello, a día de hoy, su hijo Simon, Simon Dinsdale, un detective retirado de la policía de Essex, insiste en que de ninguna manera era aquello un *objeto*. Él lo vio con sus propios ojos. Y no una, sino dos veces. ¿Y qué fue lo que vio? Un monstruo, por supuesto. Oh, ¿ha dicho usted la palabra (MONSTRUO)? ¿Sabe, Simon, que el primero que la dijo, el primero que la *escribió*, refiriéndose con ella a lo que fuese que había empezado a verse en el lago Ness después de inaugurarse la primera carretera que lo rodeaba, fue un tal Alex Campbell? No tardaremos en regresar al libro de Dinsdale, y a su

investigación en la orilla, no la primera de un llamado (NESSIE HUNTER), oh, así se conoce a aquellos que se tienen a sí mismos por *cazadores* de tan escurridiza criatura, pero sí la única que fue tomada en serio hasta el punto de impulsar la creación de la Loch Ness Phenomena Investigation Bureau (LNPIB) en 1962. La LNPIB se creó un año después de que se publicara el libro, titulado, por cierto, en su primera versión, simplemente *The Loch Ness Monster*, es decir, *El monstruo del lago Ness*, y en su versión ampliada de 1973, *The Story of the Loch Ness Monster*. Es de esta versión de la única de la que existe una edición en español, publicada en 1976 por A. T. E., con el sugerente título *El enigma del* PLESIOSAURIO *del lago Ness*. No, las mayúsculas no son mías, por una vez. Pero, decía, volveremos sobre todo eso en breve.

Porque, para poder entenderlo, debemos regresar al día en que los MacKay se toparon, supuestamente, con el (MONSTRUO). En concreto, debemos regresar al momento en el que decidieron, a su llegada al Drumnadrochit Hotel, que iban a contarle a Campbell lo que habían visto. Como apunta el propio Dinsdale en su libro, y como señala –con fechas y nombres– el libro catálogo que encontraré en una tienda de *souvenirs* con vistas al lago y una reproducción en escayola de un Nessie con aspecto de *anguila* verde de *enorme* cabeza, o cabeza de *braquiosaurio*, no eran los primeros que veían *algo*. Sí, San Columba vio *algo*, y luego en el siglo XVI un tal Duncan Campbell había visto también *algo* –«una bestia horrible» junto a la orilla, en sus propias palabras–, y poco después, ese *algo* había atacado a tres hombres. Hay, de hecho, una pequeña colección de avistamientos documentados, en los siglos XVIII y XIX, siempre, curiosamente, en la misma zona, la cercana al castillo de Aldourie –

que hoy se alquila para pequeñas estancias por una suma más que considerable–, por parte de todo tipo de *avistadores*. Hay, entre esos avistadores, desde duques –el duque de Portland, en 1895hasta niños, como los que, en 1879, vieron emerger del agua «una pequeña cabeza» y luego «un cuello muy largo».

Ya en el siglo XX, el primero en divisar *algo* fue un tal James Cameron, un huésped del Drumnadrochit Hotel, que había estado pescando en un pequeño barco y había sido sorprendido por un «animal enorme». Creyendo que el animal podía llegar a *comérselo*, el tal Cameron se apresuró a sacar su pequeño barco del agua y entró en el hotel «blanco como el papel». Corría el año 1916. El siguiente *hito* lo protagonizaría un tipo, Alfred Cruickshank, que sería el primero en afirmar que la *cosa* del lago no únicamente podía ser vista dentro del agua sino también *fuera*. El tal Alfred aseguró que había visto un animal de longitud considerable, un animal con el lomo encorvado y patas de elefante, cruzar la carretera. O, mejor dicho, lo que hubo antes de la carretera por la que, aquel día de 1933, los McKay regresaban a su hotel. La vez siguiente que ocurrió aquello, es decir, la vez siguiente que alguien vio a «una criatura prehistórica» cruzar la carretera lo hizo, además, con lo que parecía otro animal entre las fauces. Los que la vieron fueron el señor y la señora Spicer, una pareja de Londres. Era verano. El verano de 1933. Cuando todo ya había empezado. Cuando las cartas de hombres y mujeres que aseguraban haber visto (CON SUS PROPIOS OJOS) al (MONSTRUO) desbordaban el buzón del *Inverness Courier*, y no sólo del *Inverness Courier*. Para entonces había corresponsales del *Daily Mail*, de algo llamado *The Scotsman*, e incluso de *Le Matin de Paris*, y de un par de periódicos japoneses de Tokio y Osaka en la

orilla del lago, tratando de dar caza, ellos también, al (MONSTRUO). Y, por supuesto, habían empezado a llegar los turistas. Oh, el verano de 1933 fue el primer verano en el que, aquellos que acudían al lago Ness con la intención de hacer todo aquello que se hacía cuando se veraneaba en aquella época –acampar, darse un baño y organizar pequeñas excursiones por entre esos montes repletos de abetos Douglas que apenas pueden echar raíces, oh, la tierra de los Highlands es más piedra que tierra, y por eso algunos árboles simplemente se desploman–, llegaban cargados con prismáticos y cámaras. Había *algo* en el agua, y era algo fabuloso, ¡una criatura prehistórica!, ¡un *monstruo*!, los periódicos, aquí y allá, no dejaban de publicar noticias al respecto, ¿y acaso iban ellos a *perdérselo*?

No, ni pensarlo.

¿Y dónde dirían ustedes que esos primeros turistas y sus prismáticos y sus pretéritas y encantadoras cámaras de fotos se alojaban? Uhm, ¿les suena el Drumnadrochit Hotel? Oh, de repente, los MacKay tenían *trabajo*, *mucho* trabajo. Aquel verano, sobre todo después del avistamiento de los Spicer, y la carta que el marido, George, publicó en el *Inverness Courier*, en la que relataba detalladamente de qué forma habían visto, él y su mujer, a aquella criatura prehistórica cruzar la Ruta Militar del General Wade, los alrededores del lago se convirtieron en un pequeño hervidero de coches y familias. ¿Y no es demasiada casualidad, se preguntarán ustedes, que quienes pusieron en marcha la pequeña fiebre del (MONSTRUO) figurasen entre los principales beneficiados por la misma? He aquí el (PRINCIPIO) de esta historia. El momento en el que el lago Ness dejó de ser lo que había sido hasta entonces para convertirse en algo más.

¿En qué exactamente?

Oh, en una fascinante atracción turística.

Una fascinante atracción turística en la que no ocurre *nada*.

O sólo ocurre en la medida en que tú quieras que ocurra.

Y por eso resulta tan fascinante.

Porque en el (PRINCIPIO), en el momento en el que Aldie MacKay levantó el auricular de su teléfono candelabro y marcó el número del tipo que se dedicaba al asunto de las aguas en el *loch*, el tal Alex Campbell, el nada *oficial* corresponsal del *Inverness Courier* que firmó el minúsculo breve que acabaría dando la vuelta al mundo, sólo había tentativa. Acababa de estrenarse *King Kong*. Había sido un éxito. Toda teoría de la conspiración con respecto a esa llamada de Aldie MacKay a Alex Campbell –Aldie MacKay, quien, infinidad de años después, diría que ella (JAMÁS) había dicho que había visto un (MONSTRUO) en el lago– relaciona el súbito interés por el *loch* con el éxito de *King Kong*. Y esto es así porque se cree que si la historia del lago Ness empezó, como toda novela, o toda historia que acaba siendo *escrita*, como una idea sin *anclaje*, fue *King Kong*, la película de Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack, lo que sirvió de *anclaje*. Le dio la sencilla, y súper ventas, *forma* que necesitaba. Recordemos el *King Kong* original. Al director de cine protagonista. Carl Denham. Un tipo que, decidido a rodar su próxima película en un territorio inhóspito, terriblemente exótico, da en las calles de Nueva York con su protagonista femenina. Ella no es actriz. Ninguna actriz está dispuesta a embarcarse con Carl en el dichoso barco. El caso es que le promete una aventura sin igual. Y no miente. Porque en aquella isla remota van a toparse con un (MONSTRUO), un gorila enorme e incomprendido al que los lugareños llaman *Kong*. El tal

Kong va a obsesionarse con ella y va a seguirla hasta Nueva York. El resto, incluida la icónica escena en el Empire State –que se había terminado hacía tan sólo dos años, en 1931, oh, he aquí otra atracción turística a la que *King Kong* dio *anclaje*, en realidad, sirvió como *cebo* narrativo: aún hoy puedes fingir que estás siendo sujetada por su mano en lo más alto del edificio–, es historia.

Aldie MacKay no necesitó más que invocar la posibilidad de que, en aquella otra civilización, la de las montañosas e imperturbables Tierras Altas de Escocia, ese discretamente salvaje rincón del mundo que ahuyentó a los mismísimos romanos, existiese un *algo* tan inexplicable como el propio Kong, un algo que no habría aparecido sin más sino que, como aquel gorila monstruoso, habría estado viviendo allí desde quien sabía qué tipo de (PRINCIPIO), y siendo *avistado* con regularidad sin que se le diese la importancia que, en vistas de lo que ocurría en aquella película, podía llegar a tener, para que esa posibilidad se volviese *real*. La idea que había rondado la cabeza de ese narrador inexistente, se asentó como se asientan las ideas en la cabeza de cualquier narrador *real* cuando tuvo un asidero, en aquel momento *deseable*, y en sintonía con el discurrir colectivo, aquello que estaba ampliando la conciencia compartida, y alejándola del mundo, permitiéndole soñar con lo imposible: el (MONSTRUO) existe, y no quiere destruirte, te ama, y eres tú quien, incapaz de entenderlo, intentas, por todos los medios, acabar con él. Sí, como en un improvisado guión capaz de calcar otro guión, la misma exacta división se dio en las orillas del *loch* al poco de empezar a recibir visitantes con prismáticos. Fue, de hecho, la carta del señor Spicer publicada en el *Inverness Courier* la que acabó con el *sueño*. No se limitó a sembrar la duda, se rió de la posibilidad de

cualquier tipo de duda. ¿Acaso creíamos, de veras, que *nada* que no hubiese sido categorizado por el ser humano aún pudiese estar viviendo en aquel lago? Y todo porque lo que dijo el señor Spicer *escapó* al guión. Recordemos lo que dijo el señor Spicer. Dijo que esa cosa había salido del agua y había cruzado la carretera *caminando*. Un algo *marino* que caminaba. ¿No era absurdo? ¿No era francamente absurdo? ¿No lo había sido desde el (PRINCIPIO)? Así fue como aquel mismo verano, el verano de 1933, el verano en el que el (MONSTRUO) empezó a existir, imaginariamente, para el mundo, dejó, también, de hacerlo.

De repente, el mundo quedó dividido entre aquellos que querían creer y los que simplemente iban a reírse de aquellos que querían creer. Porque había quien creía, y era feliz simplemente *creyendo*, pero había quien no creía porque no podía hacerlo, y no iba a permitir que nadie lo hiciera. ¿Acaso iba a perderse la (DIVERSIÓN)? Oh, si él iba a perdérsela, debían perdérsela (TODOS). He aquí la *clásica* división del ser humano entre aquel que crea, o es capaz de hacerlo, y el que destruye, incapaz de imaginar siquiera como debe, o puede, crearse. Se da el caso de que, quien destruye, *aquí*, no cree en nada que no sea él mismo. Un él mismo que, por otro lado, ni siquiera sabe qué hace en el único planeta habitado de la galaxia. ¿Qué demonios hace? No lo sabe. Y puesto que no lo sabe, tiene miedo, y como tiene miedo, acaba con toda posibilidad de que aquello que controla, la supuesta *realidad*, cambie. ¿Y qué pasaría si, verdaderamente, hubiese un (MONSTRUO) en el lago? ¿No pasaría que esa supuesta realidad cambiaría? ¿Y qué haría entonces *él*? ¿Descubrir que nada de lo que creía importante lo era en realidad? ¿Darse cuenta de que su

necesidad de destruir todo aquello que él mismo no podía crear provenía de esa frustración por no tener forma escapar de sí mismo, y el mundo, por un rato?

Sin duda.

Pero volvamos a 1933.

Porque, aquel invierno, la estación de tren más cercana al lago se decoró con luces de Navidad. Por primera vez. Aquellas luces daban la bienvenida a los turistas que no sólo no habían dejado de llegar después de los primeros rumores de fraude (¿Y SI TODO ERA UNA BROMA, LA BROMA DE UN MILLONARIO CON UN ENCANTADORAMENTE OBTUSO SENTIDO DEL HUMOR?), sino que lo habían hecho en una cantidad mayor. Incluso se habían puesto en marcha un par de cruceros por el lago. Los gestionaban los propietarios del *Muriel* y el *Scott II*, las dos embarcaciones cuyas tripulaciones habían asegurado haber visto al (MONSTRUO) aquel otoño. El día era un frío día de octubre. El año era el mismo año, 1933. Las embarcaciones eran un par de embarcaciones diminutas, una barcaza y un remolcador, es decir, embarcaciones poco concurridas en lo que a tripulación se refería. Pero aun así, aquel par de tripulaciones siguen siendo, a día de hoy, el grupo más grande de gente que dice haber visto a la supuesta criatura en el mismo exacto momento. Lo divisó primero el maquinista de una de ellas, que llamó al oficial, que también lo vio. ¿Y qué fue lo que vieron? Oh, lo que vieron fue un enorme lomo de algún tipo de animal. Un lomo de al menos tres metros. Cuando avisaron al resto de la tripulación, la tripulación de la otra embarcación, el lomo del supuesto (MONSTRUO) desapareció. El animal se sumergió. Pero, antes de que pudieran lamentarse porque no lo habían visto, el supuesto

animal regresó a la superficie. Emergió a apenas doscientos metros de popa. Las dos embarcaciones acabaron siendo famosas con el tiempo, no tanto por haber *avistado* al (MONSTRUO) sino por dedicarse, a partir de entonces, a recorrer el *loch* cargadas de turistas. Turistas atrapados en la batalla por la *credibilidad* que se libra desde entonces. ¿O deberíamos decir *verosimilitud*, tratándose, como se trata, de una (HISTORIA), de un apasionantemente curioso ente *narrativo*?

He aquí lo que pasó después del (PRINCIPIO).

2

Bienvenidos a la (FÁBRICA) de (NOTICIAS) /

El mundo perdido no está (NADA) perdido

/ La huella de un cenicero hipopótamo /

¿Quiere usted ser millonario? / La fotografía

del (CIRUJANO) / Cualquiera puede echarle un vistazo al

Registro Oficial de Avistamientos

Apuesto a que han oído ustedes hablar del doctor Livingstone. Apuesto a que, en más de una ocasión, han oído a alguien decir aquello de (EL DOCTOR LIVINGSTONE, SUPONGO), y han sonreído sin tener la más remota idea de que, al hacerlo, estaban *escenificando* el inicio de la noticia entendida como algo que puede *fabricarse*. Déjenme hablarles un momento de James Gordon Bennett, el encantadoramente excéntrico propietario del *New York Herald* en 1869. Un tipo que respondía con un fajo de billetes a cualquiera que tuviera reparos con su comportamiento. La clase de tipo que, cuando todos los casinos de buena reputación le prohibieron poner un pie en sus abigarradas alfombras, construyó su propio casino. O que, cuando se cansaba de estar en tierra firme, se echaba al mar en un yate al que subía una vaca para tener leche recién ordeñada siempre que le apeteciese. Es decir, alguien a quien le traía sin cuidado en qué sentido giraba el mundo porque podía

hacerlo girar en sentido contrario cuando le viniese en gana. La clase de alguien que, cuando la realidad se resiste a darle una noticia capaz de vender periódicos, simplemente la *crea*. O manda salir a alguien que pueda *crearla*. Podría decirse que, hasta el *hallazgo* de David Livingstone, el misionero británico perdido –y dado por muerto– en quién sabía qué rincón de África a finales del siglo XIX, las noticias habían sido aquello que ocurría. Es decir, se hundía un barco –como se hundiría el Titanic en 1912– y el periódico, al día siguiente, o cuando fuese que conseguía enterarse de lo que había ocurrido, *informaba* sobre el asunto. Podía hacerlo tan espectacularmente como quisiese, pero no se había sacado ningún conejo de la chistera. La cosa había ocurrido. Pero ¿acaso iba Bennett a esperar a que la realidad le diese alguna (BUENA) noticia? Oh, no. Él iba a salir a buscarla. Él no, por supuesto. Uno de sus mejores corresponsales. O como tal consideraba a Henry Morton Stanley cuando, en 1869, le llamó aparte y le pidió que sacase mil libras del banco y saliese en busca del tal Livingstone. «Cuando se le acaben esas mil libras, saque otras mil, y cuando las haya gastado, saque otras mil, y cuando se le acaben, saque mil más, y así hasta que dé con él», cuenta Fergus Fleming que le dijo. Fergus Fleming es autor de un libro apasionante titulado *La conquista del Polo Norte*. Porque, oh, Bennett no tendría suficiente con África. Bennett, y sus *mejores* corresponsales, iban a especializarse en encontrar a exploradores perdidos. Y luego iban a vender un montón de periódicos. Porque encontrar a un explorador perdido era lo más parecido a dar con una mina de oro. ¿Saben la cantidad de historias que podía llegar a contar cada uno de ellos? Todas, a buen seguro, fascinantes. Lo suficientemente fascinantes como para dar lugar a

una serie de artículos capaces de mantener a los lectores tan pendientes de cada nueva entrega como lo estarían de una historia por entregas, ¿y acaso no sería, cada uno de aquellos exploradores perdidos, una historia *real* por entregas?

¿Y no fue en una historia *real* por entregas en lo que se convirtió la historia del (MONSTRUO) del lago Ness a partir de 1933?

Sin duda. En eso fue en lo que se convirtió. Sólo que no era una historia exactamente *real* sino una historia *imaginariamente* real.

Podría decirse que, a partir de entonces, la realidad empezó a deformarse para dar cabida a la posibilidad de que aquella cosa existiese. ¿O acaso podía ser que tanta gente estuviese equivocada? ¿Podía ser que aquella que decía haberlo visto no lo hubiese visto en realidad? ¿Gente, por otro lado, tan *respetable*? ¿Por qué iba aquella gente a mentir? No pasaba un solo día sin que se diese un avistamiento. Los periódicos recibían cartas. Y no eran cartas de cualquiera. Se dejaba bien claro, en cada artículo que se publicaba, que el *avistador* había sido un médico, o un abogado, o un ingeniero, es decir, un alguien con algún tipo de profesión respetable que estaba *jugándose* esa respetabilidad por *aquello*. ¿Y qué era aquello? Un (MONSTRUO). Demonios. Toda aquella gente estaba cruzando al otro lado. Oh, existe una línea que separa lo raro de lo aceptable, por supuesto. Y parecía que cada uno de aquellos artículos trataba de emborronarla. Bienvenidos a la (FÁBRICA) de (NOTICIAS). Bienvenidos al mundo después de James Gordon Bennett, y el doctor Livingstone, *supongo*. Un mundo que tenía ante sí lo que aquel periodismo de historias por entregas consideraría una mina de oro *interminable*. Una que, además, había abierto una (BRECHA) en la realidad. Y esto es algo que no ocurre a menudo.

Porque no ocurre a menudo que el propio mundo se tenga a sí mismo como un lugar (FANTÁSTICO) pese a que nunca haya dejado de serlo. Porque el concepto de realidad es invasivo y controlador, y pretende eliminar la posibilidad de que exista algo que aún no haya sido *inventariado*, algo con lo que la especie *escritora*, esto es, los humanos, no *cuente*. Es curioso. Todo existe sin más. Las cosas pasarían de la exacta forma en que pasan sin que hubiéramos inventado una *narrativa* para las mismas. Existiría la fuerza de la gravedad, pero no tendría ese nombre. No tendría ninguno. Como las montañas en el Marte que describe Ray Bradbury en *Crónicas marcianas*. El ser humano ha inventado una explicación para cada cosa que pasa con el único fin de dormir tranquilo. Oh, ya me entienden. En realidad, lo ha hecho porque no podría no haberlo hecho. Dice T. C. Boyle que el ser humano tiene el mismo libre albedrío que un pájaro. Que hacemos lo que hacemos porque no podríamos no haberlo hecho. Y tal vez sea cierto. Necesitamos saber porque *sabemos*. Como supuesto único ser que sabe que va a morir, necesitamos un sentido para aquello que hacemos aquí. Necesitamos saber porque *sabemos*. El ser humano ha descubierto un *código* capaz de predecir el futuro. Y de alejarse de cualquier tipo de misterio. De dejar atrás las tinieblas. Qué somos. Qué hacemos aquí. Qué es todo esto. Lo ha hecho, sí. Pero ¿lo ha hecho en realidad? He aquí la (BRECHA) que abrió el (MONSTRUO) del lago Ness. Que abre, cada vez, la posibilidad de la existencia de algo que no ha sido aún inventariado. O, dicho de otro modo, la certeza de que la realidad es constructo, y está, permanentemente, *en construcción*.

El alud de avistamientos que se produjo en 1933, y la primera fotografía que logró hacérsele al (MONSTRUO) en noviembre de ese

mismo año, fotografía que se convirtió en la primera evidencia *palpable* de que allí podía haber *algo*, puso tímidamente sobre la mesa el debate, esto es, la contienda entre aquellos a los que les traía sin cuidado el constructo, y la posibilidad de que éste *cambiase*, y aquellos que por nada del mundo estaban dispuestos a creer en la existencia de algo que, simplemente, no podía existir. Porque los monstruos no existen, y los dinosaurios se extinguieron hace 65 millones de años, ¿y acaso podía el lago Ness, tan rodeado como estaba de *vida*, de vida *humana*, tan en contacto como estaba con la civilización, *esconder* una criatura prehistórica? ¿Qué era, de repente, la realidad? ¿*El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle? En *El mundo perdido*, Arthur Conan Doyle fantasea con la posibilidad de que exista aún un rincón en el mundo, por completo inexplorado por el ser humano, en el que los dinosaurios no se extinguieron, en el que viven como si *nada* hubiera pasado. Y ese *nada* incluye al ser humano.

La novela se publicó en 1912, y supuestamente, la expedición de exploradores –en la que no casualmente coloca Conan Doyle a un periodista, Ed Malone, del *Daily Gazette*, porque una cosa es la realidad, y otra, lo que de ella se cuenta, y es importante tener clara la diferencia cuando se habla, como aquí, de cosas *imposibles*– dio con ese otro mundo *perdido* en el monte Roraima de la selva amazónica venezolana –ese, al menos, fue el lugar que sirvió de inspiración a la brumosa y misteriosa meseta de la ficción–, y ¿no formaba lo remoto del paraje parte del *pacto* de verosimilitud, o credibilidad, que podía llegar a darse ante un hallazgo semejante incluso *dentro* de una *novela*? ¿Y de qué forma podía llegar a ser *creíble* entonces que algo así ocurriese entre la gente? Es decir,

¿cómo podía siquiera considerarse posible el hecho de que una criatura prehistórica no hubiese dejado *jamás* de habitar un lago en el que el ser humano *pescaba*, y se bañaba, un lago en el que se *navegaba*? Por no hablar de la longevidad de la criatura en cuestión. ¿Acaso podía algo haber vivido, *allí* o en cualquier lugar, desde el principio de los tiempos? Ante la posibilidad, como ocurre con todo aquello que *pasa*, el ser humano construye una narrativa que sea capaz de darle sentido. Pero ¿cómo podía aquello tener *sentido*?

En el instante en que la (FÁBRICA) de (NOTICIAS) se puso en marcha, se puso en marcha también el más asombroso ejemplo de la necesidad del ser humano de creer que, de alguna forma, no está *solo*. No es casual que, en un futuro, y es un futuro cercano en el que los cazadores de monstruos abundarán en las orillas de tan enigmáticamente famoso lugar, un tipo llamado Frank Searle –no olviden ese nombre, y recuerden que lució, durante todo el tiempo que pasó viviendo junto al lago, una chapa en la que podía leerse (SOY CASI FAMOSO)–, presumirá de haber fotografiado *a la vez* al (MONSTRUO) y a un platillo volante. Pero eso ocurrirá en el futuro. Lo que la (FÁBRICA) de (NOTICIAS) producirá en primer lugar será, evidentemente, una *prueba*. Porque, para resultar aceptable, admisible, *creíble*, la posibilidad de la existencia de un (MONSTRUO) *altamente* avistado debía *probarse*. Es decir, si casi cualquiera que se acercaba al lago podía llegar a *verlo*, ¿por qué no iba a poder *fotografiarlo*? Como si de una narradora se tratase, es decir, como si de alguien atento a la necesidad de que la historia *avanzase* y lo hiciese así, persiguiendo aquello que podía hacer a aquella historia aceptable, admisible, *creíble*, la realidad no iba a tardar en proporcionarle a aquella *cosa*, (EL MUNDO), esa fotografía.

Pero, en tanto narradora *experta*, no iba a proporcionarle la fotografía que el mundo quería. Iba a actuar con timidez. Iba a darle algo que parecía *algo* pero podría ser en realidad cualquier cosa.

La fotografía que se tomó el día 12 de noviembre de 1933 y se publicó en el *Daily Express/Daily Sketch* el 6 de diciembre, la disparó un tipo llamado Hugh Gray, e iba acompañada de un certificado de Kodak –sí, la compañía fotográfica– según el cual el negativo no había sido adulterado de ninguna manera, lo que equivale a decir que la fotografía era una fotografía *real*, no un *fake*. En la fotografía puede verse algo emergiendo del lago, pero es un algo amorfo, rodeado de espuma, y en exceso *geométrico*, aunque claramente se aprecia una *aleta*, o lo que parece una aleta. Aquello, inevitablemente, puso al mundo en guardia. ¿De veras no había sido retocado el negativo? ¿Acaso era *cierto*? Bertram Mills, un magnate del mundo del circo, que, tampoco casualmente, mandó *girar* a su circo por Escocia en aquel exacto momento –hay quien asegura que dejó que sus elefantes se bañasen en el lago, y provocó todo tipo de *interferencias* en la historia *oficial*–, ofreció una recompensa de 20.000 dólares a aquel que diera con él *vivo*. Se le construyó incluso un hogar. Su hogar consistía en una enorme jaula con forma de *casa*. Una casa de alrededor de nueve metros de ancho y poco más de siete y medio de alto en la que el tal Mills pensaba exhibir al (MONSTRUO), pues automáticamente, por aquellos 20.000 dólares –que equivalen hoy a medio millón–, iba a ser propiedad de su *circo*. Mills hizo construir incluso una *maqueta* del mismo, con la que *giraba* por toda Escocia, un (NESSIE) de cartón piedra, ojos enloquecidos, gibas puntiagudas, y *antenas*. Una especie de dragón alado subido a un remolque y perpetuamente rodeado de cinco tipos con

chubasqueros. Oh, la lluvia. ¿Saben que en Escocia llueve 286 días al año, incluso *ahora*? ¿Saben que el *loch* Ness es uno de sus 31.000 *lochs*, entre los que hay 5.000 de agua dulce, que producen el 2% del agua *mundial* y el 91% del agua del Reino Unido? Por eso los escoceses no pagan el agua. Me lo cuenta el conductor del autobús que me llevará de Edimburgo a Inverness, y me dejará en la esclusa de Dochgarroch, el lugar del que partirá el crucero que realizaré por el lago, en algún momento de ese futuro acelerado y cínico en el que vivimos hoy. De todos esos *lochs*, el más oscuro y hondo es, por supuesto, el lago Ness. Y también, el más grande en cuanto a cantidad de agua, y no sólo de Escocia, sino de toda Gran Bretaña, es decir, de toda la isla. El conductor, que también es el guía, no dice nada de que el zoo de Nueva York también ofreció entonces, en ese pasado en el que Bertram Mills dio por hecho que el (MONSTRUO) sería, en breve, una atracción más de su circo ambulante, una recompensa. Y una y otra recompensa acabaron en la (FÁBRICA) de (NOTICIAS), por supuesto, es decir, acabaron en todo tipo de periódicos de la época, y produjeron el efecto llamada deseado. Efecto que hoy no es, en absoluto, tal. Porque, si en aquel tiempo, cualquiera que consiguiese llegar a una orilla del lago no perdía de vista el propio lago, en busca de cualquier cosa que se moviese allí abajo, porque cualquier cosa que se moviese allí abajo podía hacerle *rico*, en *este* tiempo, en el que la recompensa aún sigue *vigente*, y se sitúa en nada menos que un millón de libras –un millón, sí, (¿QUIERE USTED SER MILLONARIO?)–, nadie se fija ni remotamente en el lago cuando lo cruzamos. El lago no es más que un escenario. Un *fondo* para la fotografía de uno mismo que va a tomarse. Una minúscula conquista, una conquista *nerd*, y tal vez

risible, o ni siquiera, sólo un (ESTUVE AHÍ) y (¿SABES?) (NO ERA MÁS QUE MONTÓN DE AGUA NEGRA). Tal vez ni se les pasase por la cabeza la idea de que podía aparecer *algo* y que ese algo, en otra época, se temía, podía *comérselos*. Pero tampoco parecía estar haciéndolo el hecho de que un *buen* avistamiento podía valerles un nada desdeñable millón de libras, ofrecido por la casa de apuestas William Hill. La casa de apuestas William Hill organiza, además, anualmente, un concurso de fotografía que premia con 1.000 libras a la mejor captura de Nessie que haya logrado hacerse. El premio se llama, sin más (BEST NESSIE SIGHTING OF THE YEAR AWARD. El listado de ganadores puede consultarse, y las fotografías pueden verse, y si se quiere participar, debe hacerse a través del Official Loch Ness Monster Fan Club. ¿Y acaso parecía estar importándole *eso* a alguien en *este* futuro? No. Lo único que parecía era que cada uno de ellos tenía un ridículo trofeo más en su *colección*, un (ESTUVE AHÍ), y (NO, CLARO), (NO VI NINGÚN MONSTRUO) (SÓLO UN MONTÓN DE AGUA NEGRA) (OSCURÍSIMA) y (LLOVÍA) y el tipo de megafonía hablaba tanto del (MONSTRUO) como de Escocia, y el *loch*, y el castillo, por supuesto, el castillo de Urquhart, y (¿SABES?) (NO ERAN MÁS QUE UN MONTÓN DE RUINAS) y (PODÍA PASEARSE ENTRE ELLAS, SÍ) y (¿QUE QUÉ ASPECTO TENÍA EL LAGO DESDE ALLÍ?) (OH, LA MISMA COSA) (TODA ESA AGUA NEGRA).

Me dije entonces, pensando en Tim Dinsdale, echándole fervorosa y tristemente de menos –oh, Tim hubiera estado en cubierta, conmigo, observando atentamente cada atisbo de movimiento en el agua– que, en tanto atracción *imaginaria*, si entendemos la visita al lago Ness –desde aquel lejano 1933– como *también* una atracción

turística, una atracción que consiste en permitirse creer que hay un monstruo en el lago, que nada está aún perdido, que todo podría ser distinto y quizá lo haya sido desde el (PRINCIPIO), es no tanto el cuerpo del visitante, el turista, el aspirante a (NESSIE HUNTER), el *avistador*, el que la experimenta sino su cerebro, y una parte muy concreta de éste: su *imaginación*. En el futuro, ese futuro en el que los MacKay no existen, y embarco en ese crucero Jacobite, y echo de menos a Tim Dinsdale, no hay nadie más en ese pequeño barco con cafetería y (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), que mire al agua esperando ver emerger *algo*, y hay cierta idea de *justicia* sobrevolando el ambiente, y es una justicia que tiene únicamente que ver con la imaginación que los pasajeros han sido capaces de conservar, o, mejor, se permiten *defender*. Se decía de John Barth, el escritor, que poseía una inocencia invencible, y que era esa inocencia la que le había permitido *crear* una nueva forma de *contar*, destruir el mundo para construirlo de nuevo, y ocurre, a bordo de ese crucero, algo similar. Y es por eso, me digo, que buena parte de los *avistadores* de Nessie se irán a la tumba felices aunque nadie les haya creído nunca. Porque tienen suficiente con *saberlo*. No necesitan que el mundo sepa *nada*. Porque ¿acaso merece ese tipo de mundo, esa otra parte del mundo que también viaja en ese tipo de cruceros, en el futuro, y en el pasado, un pasado en el que, súbitamente, y después de que apareciera la primera fotografía, y la narrativa empezase a desarrollarse, trató, sin remedio, de evitar creer en cualquier cosa que no fuese aceptablemente *posible*, tener acceso al (MILAGRO), a aquello que, de ninguna manera, habría existido si de ellos dependiera? Por eso, me digo, ocurre a menudo

que alguien que dice haber visto al (MONSTRUO) no trata de convencer a nadie de que lo ha visto.

Ocurrió con Alistair Boyd, que dijo haberlo visto el 30 de julio de 1979. «Sé que lo que vi no era el tronco flotante de un árbol, ni una nutria, ni una ola ni nada parecido. Era un animal enorme. Lo vi salir del agua, tenía la envergadura de una ballena. Es la cosa más alucinante que he visto jamás, y si pudiera quedarme aquí el resto de mi vida, observando el lago, para quizá alcanzar a volver a verla, lo haría», dijo el tal Boyd. Para el tal Boyd, su avistamiento era un (TESORO). Algo que no tenía por qué compartir con nadie. Entiendo a Boyd. El desdén que siente el resto no merece la recompensa del que es capaz de ver que el mundo no es sólo lo que se nos ha dicho que es, ni siquiera aquello que creemos percibir, sino mucho más, un (FANTÁSTICO), en todos los sentidos, *ente* en expansión, incontrolablemente perfecto, o quién sabe, tal vez, poderosamente imperfecto, que existe al margen de aquello que de él se piense o se sepa. En ese instante del futuro en el que echo terriblemente de menos a Tim Dinsdale, también echo de menos a Lieve Peten, la cazadora de monstruos que se instaló junto al *depredador* Frank Searle –recuerden, el tipo que lucía una chapa en la que podía leerse (SOY CASI FAMOSO), y que, no van a tardar en descubrir, se dedicó a fabricar su particular *merchandising* del (MONSTRUO), y a *venderlo*, y que vivió durante (AÑOS) de hacerlo, y entre ese *merchandising* figuraba la nada famosa fotografía en la que Nessie aparecía junto a un platillo volanteen la orilla del lago a finales de los 60. Peten tenía 20 años, y pretendía hacer, en algún sentido (JUSTICIA), con aquella criatura, porque (LOS PERIÓDICOS SE REÍAN DE ELLA) y (A MÍ ME DABA VERGÜENZA QUE LO

HICIERAN), dijo. Se lo dijo a John MacLaverty, el director de *Loch Ness: They Created a Monster*, mientras hojeaba álbumes de fotos en los que aparecía sosteniendo cámaras con enormes teleobjetivos. Mientras contemplo el agua misteriosamente *rizada* del lago, me pregunto cuántos de ellos, cuántos de esos (NESSIE HUNTERS), trataron, en su momento, como Peten, como el propio Dinsdale, de hacer *justicia*. Cuántos, entonces, y aún hoy, tratan de desequilibrar la balanza que, *circo* mediante, y no estamos hablando únicamente del circo de Bertrand Mills, *arrasó* con toda posible credibilidad por mero divertimento, en realidad, simple explotación de una jugosa y, en su opinión, ridícula *mina*. A la torpe fotografía de Gray que, recordemos, no mostraba con ningún tipo de claridad *nada*, pero en ella podía, sin embargo, apreciarse *algo*, y Kodak certificaba que ese *algo* era algo que existía, pues el negativo no había sido adulterado, siguió una expedición *oficial*, patrocinada por el *Daily Mail*, que, en su papel de digno heredero del *Herald* de James Gordon Bennett, y del mundo que éste alumbró, envió al lugar a un supuesto famoso cazador, en realidad, a una especie de *showman* de la *caza*, un actor de cine mudo, un tipo enorme, ornamental y ridículamente engreído llamado Marmaduke Wetherell.

Nacido en 1883, en Bodmin, Cornualles, Marmaduke, conocido popularmente como simplemente Duke, Duke Wetherell, llegó a producir, dirigir y protagonizar una película llamada, curiosa y puede que no casualmente *Livingstone*, película que estrenó en 1925, y que tuvo tan poco éxito como el *Robinson Crusoe* que también dirigió y protagonizó dos años más tarde. Su fama, podría decirse, era conocida, pero también estaba en perpetuo declive. Nada de lo que Wetherell tocaba llegaba, de ninguna forma, a brillar. ¿Y por qué

pensó el *Daily Mail* que era una buena idea enviarle en busca del (MONSTRUO)? Oh, el hervidero de *chismes* en que se había convertido el lago demandaba, en opinión de la atareada (FÁBRICA) de (NOTICIAS), un chisme aún mayor, algo destacablemente único. ¿Y qué podían el (GRAN) Duke Wetherell, y su fiel escudero, Gustave Pauli, conseguir que, por un lado, los distinguiese del resto y, por otro, refutase, igualmente, la teoría de la existencia del (MONSTRUO), llevándola algo más allá, lo suficiente más allá como para que no fuese Kodak quien certificase la validez de la prueba en cuestión sino que fuesen los investigadores del Museo de Historia Natural de Londres quienes lo hiciesen? Oh, si no conocen la historia, no van a creérselo. El tal Wetherell hizo casi de todo –sobre todo, generó espectáculo, para visitantes y fotógrafos– alrededor del lago durante un puñado de días, días en los que, en ningún momento, aquella cosa se le puso a tiro. No olvidemos que Duke estaba allí en calidad de *cazador*, así que podía, perfectamente, con su colección de rifles y su atuendo safarístico, regresar a Londres con la *cabeza* de Nessie en una caja. Pero, por fortuna, no hubo manera de que el pequeño y estrambótico equipo le sacara siquiera una fotografía. Aunque rastreando en la orilla, un día –era un día de diciembre, aún del año 1933–, dieron, todos ellos, con lo que parecían (HUELLAS). Enormes (HUELLAS) de un tipo de *pie*, o pezuña, que no podía, de ninguna manera, pertenecer a nada conocido que habitara comúnmente las Tierras Altas. ¡Debía de ser, sin duda, una (HUELLA) de (NESSIE)! La (FÁBRICA) de (NOTICIAS) se puso en funcionamiento, y aquel mundo perdido que no estaba (NADA) perdido, se dispuso a dar un paso más, y uno definitivo, en la aceptación de la posibilidad de que se le hubiera

pasado por alto la existencia de aquella *multivista* criatura prehistórica. Victorioso, Duke Wetherell, posó junto a las (HUELLAS), y tal vez no se hizo la llamada que debería haberse hecho, o el entusiasmo, o la ingenuidad, permitió creer al *Daily Mail* que la artimaña engañaría a un experto con la misma facilidad con la que había engañado, o pretendido engañar, al (GRAN PÚBLICO), o simplemente ocurrió que nadie allí dentro pudo evitar que en el Museo de Historia Natural se interesasen por el hallazgo, y habiéndolo analizado –cosa que no les llevó demasiado tiempo, después de todo, puede que no fuese una huella que pudiese encontrarse en aquel lugar pero no era una huella desconocida en absoluto, de hecho, era una huella fácilmente identificable–, llegasen a la conclusión de que se trataba de una huella de hipopótamo. ¿Una huella de hipopótamo? ¿Y cómo había llegado hasta aquel cenagal? ¿Acaso había viajado el tal Wetherell con un hipopótamo? Por supuesto, Duke lo negó. Fervientemente. Él no había *falseado* nada. Oh, en este punto debe volver a invocarse el poder de la (FÁBRICA) de (NOTICIAS), y su insaciable y nada escrupulosa necesidad de *cadáveres* con aspecto de *titulares*. Sí, Wetherell fue *vendido* por aquellos que le habían colocado allí. Después de todo, ¿no había sido *contratado* para *fabricar* noticias? ¿Y qué era aquello si no una noticia? Oh, era una vergonzante, una que iba a aniquilarle en tanto cualquier cosa *fiable*, y que, de paso, iba a, inevitablemente, desequilibrar el asunto de la credibilidad alrededor de aquel otro asunto, el asunto del (MONSTRUO) en el lago, pero ¿acaso eso le importaba al *Daily Mail*? Lo único que el *Daily Mail* quería era vender periódicos. Así que mandó *encontrar* y fotografiar la cosa que había permitido que un hipopótamo dejase su (HUELLA) en la orilla del

lago Ness. ¿Adivinan qué era la cosa? Nada menos que un cenicero. Un cenicero fabricado con una pata *real* de hipopótamo. Una pata que había sido previamente *vaciada*. Una pata de la que lo único que quedaba era la *suela* y las *pezuñas*, y en la que aquel desalmado y supuesto *cazador*, en realidad, aquel actor y director fracasado, *apagaba* cigarrillos.

El golpe fue tremendo.

Podría decirse que los alrededores como un hervidero de ilusos avistadores se volvieron un hazmerreír que no tardaría en devenir *mundial*.

Porque lo siguiente que iba a ocurrir era que Duke Wetherell iba a tomarse la justicia por su mano. O, mejor, iba a reír el último. Aunque para cuando su risa llegase a todas partes –algo que ocurriría en el entonces lejano 1994–, haría décadas que estaría bajo tierra. Eso también iba a traerle sin cuidado. Porque quien iba a reír era él. ¿Y cómo? Oh, muy sencillo. Él iba a decidir qué aspecto tendría el (MONSTRUO). Porque iba a mandar fabricar ese aspecto. Iba a orquestar, en la sombra, la famosa fotografía del (CIRUJANO). Créanme. Si existe una imagen de (NESSIE) en el mundo, es la imagen de esa fotografía. Fotografía que, supuestamente, fue tomada el 19 de abril de 1934 por un distraído, y adinerado, y respetable (CIRUJANO), un tipo llamado Robert Kenneth Wilson. El aspecto del (MONSTRUO) en ella es el de algo con un cuello alargado y una cabeza minúscula. A su alrededor, el agua negra del lago, y ningún punto de referencia. La cosa en sí no era más que un juguete. Un juguete montado sobre otro juguete, montado, en realidad, sobre un curioso submarino de juguete, submarino que permanecía sumergido y del que alguien estaba tirando mientras se

tomaba la fotografía, para que el dibujo en el agua fuese un dibujo de (MOVIMIENTO). Wetherell, cabreado por el trato del *Daily Mail*, cabreado por la forma en que éste había dado con el cenicero y le había *vendido*, le había ridiculizado públicamente, le encargó a su yerno, Chris Spurling, que produjese el montaje, a modo de (VENGANZA). Spurling, un especialista en escultura, modeló, en arcilla, el (MONSTRUO). Ian Marmaduke, el hijo de Wetherell, se ocupó del material y Maurice Chambers, un agente de seguros, contrató a Wilson, el famoso (CIRUJANO), en realidad, un reputado ginecólogo, para que *presentase* la fotografía como propia.

Hubo un antes y un después de aquella (FOTOGRAFÍA).

Aquella (FOTOGRAFÍA) era lo que la narrativa en marcha de la (HISTORIA), o la (LEYENDA), necesitaba. Pero a la vez era tan perfecta que resultaba sospechosamente irreal. Dio la vuelta al mundo, cosa que debió de *encantar* a Wetherell. Se la llegó a considerar «evidencia absoluta». Cosa que, evidentemente, no era. El 12 de marzo de 1994, Spurling confesó en su lecho de muerte que no era más que un *hoax*, un bulo, un montaje, una *broma*, que la prensa convirtió en una jugosísima *fake new*.

Déjenme decirles qué ocurrió en 1934 que no había ocurrido en 1933. Es algo que nos permitirá poner un pie en el futuro antes de tiempo, y, durante algunas páginas, viajar entre ese 1934 y 2023 para *recolectar* avistamientos y entender el concepto del avistamiento, y su *recolección*. Lo que ocurrió en 1934 es que se tomó nota, por primera vez, de todos los avistamientos que se habían producido aquel año. Algo que ocurre desde entonces. En 1934, el que tomó nota de los avistamientos fue Alex Campbell, el Encargado de las Aguas de Fort Augustus, y corresponsal improvisado del *Inverness*

Courier. Las personas que decían haber visto al (MONSTRUO) aquel año eran 82. Él se encontraba entre ellas. Y, curiosamente, su descripción del (MONSTRUO) coincidía con la que arrojaba la fotografía del (CIRUJANO). Hablaba, Campbell, de algo con un cuello «como de cisne», sólo que un cuello de cisne que «sobresalía del agua unos dos metros». He aquí un pedazo de la transcripción del *avistamiento* de Campbell, tal y como aparece en *El enigma del* PLESIOSAURIO *del lago Ness*, de Tim Dinsdale: «Mientras miraba y me preguntaba si tenía tiempo de ir a buscar mi cámara, oí el ruido de los motores de dos pesqueros que se acercaban [...] El animal seguramente los oyó, o los sintió, porque le vi mover la cabeza aprensivamente a un lado y a otro y luego, aparentemente receloso, se sumergió rápidamente». Es, se diría, un avistamiento *sin pruebas* de lo más tímidamente inocente. Buena parte de ellos son así.

Viajemos en el tiempo.

A día de hoy, dirá el conductor del autobús y guía de mi futura expedición, se han registrado más de 17.000 avistamientos. Aunque en el Registro Oficial de Avistamientos del Monstruo del lago Ness –así es como se llama: The Official Loch Ness Monster Sightings Register– sólo aparecen aquellos que han sido debidamente documentados. Esto es, aquellos que ofrecen algún tipo de *prueba*. Una fotografía. ¿Y cuántos son? A finales de 2023, son un total de 1.155. De estos, nueve se han dado en ese año que termina, 2023. Cualquiera puede echarles un vistazo al Registro Oficial de Avistamientos. Cualquiera puede *clicar* en cada uno de los supuestos[*] y *acceder* a la historia en cuestión. Algunas, como la de los Camel, llegan a la prensa. Sólo que la prensa a la que llegan no acostumbra a ser una prensa, digamos, *respetable*, o, mejor,

reconocidamente *fiable*. Es, tal vez, poco más que una prensa *cazadora* de clics, una publicación a menudo minúscula que, quién sabe, quizá sueña con la (FAMA) que podría reportarle algo así de volverse, ese algo, *viral*. Pensemos en los Camel. Los Camel se llamaban Etienne y Elaine, y procedían de Lyon. Hacían turismo por el *loch* cuando él, el marido, Etienne, creyó ver una «enorme forma negra» en el lago. Sacó la cámara y disparó. La fotografía no es una buena fotografía pero el Registro Oficial de Avistamientos la da por buena. Y con eso es suficiente para contar como *supuesto*. En ella puede verse, efectivamente, una enorme e inquietante sombra bajo la superficie del lago. El periódico que recoge la noticia es algo llamado *Jerusalem Post*. Etienne es farmacéutico. Se considera a sí mismo «un hombre de ciencias» que no cree en «ese tipo de cosas». Chifladuras, las considera. ¿Les suena? Oh, la historia *siempre* se repite. Y el hecho de que se repita la vuelve prescindiblemente redundante. Es decir, ¿acaso *suma* credibilidad hoy, casi un *siglo* después de que Aldie MacKay llamase a Alex Campbell y pusiese en marcha la (LEYENDA), que el fotógrafo del (MONSTRUO) sea un (HOMBRE DE CIENCIAS)? ¿De veras, teniendo en cuenta lo que pasó con el famoso (CIRUJANO)? Ocurre con las fórmulas que jamás dejan de ser fórmulas. Y así, como en una novela de Agatha Christie, en la que hay siempre un asesinato en un lugar cerrado, y un puñado de listados sospechosos, en todo avistamiento del (MONSTRUO) del lago Ness, hay, aún, un *respetado* profesional tras el objetivo de la cámara que ha vuelto a dar con él. «Fue todo muy muy raro», cuenta *The Telegraph* que dijo el señor Camel, haciéndose eco de lo publicado por el *Jerusalem Post*. Sí, ocurrió lo deseado, es decir, ocurrió que la pequeña publicación dio el salto a

una publicación (MAYOR), pero no fue más allá, aunque, qué demonios, llegó a uno de los periódicos más vendidos, y *respetables*, del Reino Unido. «Como hombre de ciencia –insistió el señor Camel, o tal vez insistiera el *Jerusalem Post*–, nunca he creído que el monstruo del lago Ness sea un animal prehistórico», y, de repente, ahí estaba esa (COSA). Etienne hizo primero la foto –cosa un tanto inhabitual– y luego vio al (MONSTRUO). «Me fijé en el cielo, por si había algún tipo de nube enorme capaz de formar la sombra que aparecía en la fotografía, pero el cielo estaba despejado, y entonces avisé a mi mujer, y juntos, vimos cómo se movía», dijo también.

La fotografía de Etienne Camel podría optar al (BEST NESSIE SIGHTING OF THE YEAR AWARD) puesto que el avistamiento está debidamente inscrito en el Registro Oficial. Toda fotografía que no lo esté, queda automáticamente fuera de concurso. No resultan válidas tampoco las capturas de pantalla. Oh, desde 2009, cuando se organizó la primera *cacería* a través de Google Earth, existe un, se diría, nuevo tipo de (NESSIE HUNTER), aquel que, como Dennis Nedry en *Jurassic Park*, abre ventanas en su ordenador y juega a controlar lo inexplicablemente (FANTÁSTICO) de lo que está ocurriendo (AHÍ FUERA). Desde el propio Registro Oficial se anima a aquellos que no puedan acercarse al *loch* a visitarlo de todas formas virtualmente, y a observar atentamente la superficie del agua, a través de las cámaras, y a comunicar cualquier cosa que se vea en ella. La idea debió de darla el avistamiento de Jason Cooke en 2009. El avistamiento de Cooke no fue reproducido en prensa por una publicación menor sino por el mismísimo *The Guardian*. El 26 de agosto de 2009, *The Guardian* publicó una captura de Google Earth bajo el titular *¿Un barco? ¿Una ballena? No, es el monstruo del lago*

Ness (otra vez). La fotografía, la captura, la había hecho el tal Cooke, un guardia de seguridad, una noche en la que andaba husmeando, virtualmente, la zona. La cosa que puede verse en la captura tiene aspecto de «renacuajo gigante», según Stephen Moss, el articulista. Y llegó, en aquel entonces, en un momento especialmente (COMPLICADO) para Nessie, puesto que se le había dado, finalmente, por *muerto*. Oh, sí, la historia del (MONSTRUO), ya verán, transcurre paralela a la Historia, con mayúsculas, y a menudo *parte* de ella, como ocurrirá con el *alud* de *hippies* que invadirán las orillas del lago tras el final abrupto de toda forma de (PAZ) y (AMOR) que se derivó del despertar del sueño –a la pesadilla– que impuso la Familia Manson con el brutal asesinato de Sharon Tate, y no únicamente de Sharon Tate. Y cuando no *parte* de ella –como ocurrirá también en los años en que transcurre la Segunda Guerra Mundial, donde el silencio respecto a cualquier tipo de avistamiento es atronador, y como se dice Tim Dinsdale, comprensible– trata de hacerlo, utilizándola como herramienta narrativa.

¿Que cómo usó la *realidad* el (MONSTRUO), o, mejor, que cómo estaba haciéndolo cuando apareció la captura de Cooke en 2009? Muy sencillo. Puesto que hacía cuatro años que no se producía ningún tipo de avistamiento –el último se había dado en 2005–, se decía que lo más probable era que Nessie hubiese muerto a consecuencia del (CAMBIO CLIMÁTICO) que se estaba dando en las Tierras Altas, y en todas partes. Pero la fotografía de Cooke demostraba que podía no haberlo hecho. El (MONSTRUO) seguía en el lago, *¿verdad*? Lo que ocurre cuando el narrador, aquí, la *realidad*, o una parte de ella, pierde el control de una historia es que el ruido de fondo se la traga, o intenta tragársela. En la realidad de

pequeñas realidades, casi individuales, contemporánea, en el mundo de mundos como burbujas que se cuentan a sí mismas su propia historia, ¿de qué forma puede sobrevivir una (LEYENDA) como la del (MONSTRUO) del lago Ness? Oh, en los márgenes, por supuesto. Pero no unos márgenes cualquiera, no. Unos márgenes, en algún sentido, *ilustres*. Unos márgenes con pasado. Un pasado alojado, por completo, hoy, en una encantadoramente poco atractiva página web –no es la única, pero, por su poder, se diría que es la *principal*– casualmente dirigida por otro Campbell, Gary Campbell. ¿Recuerdan a Alex Campbell, el autor de la palabra (MONSTRUO) en aquel minúsculo breve del *Inverness Courier* que lo puso todo en marcha? Pues su *sucesor* no escribe para el *Inverness Courier*, sino que recopila avistamientos, y no sólo avistamientos. En tanto suerte de *historiador*, en tanto criptozoólogo especializado en una única criatura imaginaria, o nessiólogo *jefe*, Campbell habla en nombre del *loch* y su misteriosa historia ante cualquier efeméride o descubrimiento más o menos emocionante. Así, por ejemplo, hay fotos de Campbell posando con el ancestro de Nessie. El ancestro de Nessie es algo llamado Pterichthyoides Milleri, y popularmente conocido simplemente como *Pessie*, el fósil de un minúsculo animal con la exacta forma del (MONSTRUO). Lo encontró, en el siglo XIX, un reputado geólogo, un tal Hugh Miller, y automáticamente se archivó en el museo de Inverness, y a nadie se le ocurrió que podría tener la más mínima importancia hasta que, en 2015, *reapareció*. Lo hicieron reaparecer la directora del museo, Cait McCullagh, y la responsable del Inverness Science Festival, Evelyn Gray, que supuestamente dieron con él de casualidad mientras buscaban algo que pudiese estar relacionado con Nessie, o que explicase su

pasado. Si su intención era la de llamar la atención del (GRAN PÚBLICO), o de cualquier tipo de público, lo consiguieron, aunque, tratándose como se trataba del mundo de 2015, y no del mundo de 1933, ni de 1970, ni siquiera de cualquier año de la década de los 90, cuando aún la realidad se pretendía acotada y, si no única, sí *colectiva*, o *compartida*, el efecto fue marginal, minúsculo, y tal vez eso permitió que fuese el propio Campbell quien posase con el ejemplar de Pessie, y no que éste acabase en la portada de la revista *Nature*, como habría ocurrido en el pasado –ese pasado que aún, en 1933, es futuro–, y como ocurrió, de hecho, en 1975, cuando Sir Peter Scott y Robert Rines nombraron oficialmente al (MONSTRUO) –no van a tardar en descubrir cuál, y qué pasó con su sonadísima peripecia *mundial*– y no posaron junto a ningún ejemplar, por supuesto, pero sí se publicaron las que entonces se consideraron evidencias suficientes como para dar por *existente* a Nessie: una serie de fotografías submarinas en las que se veía con claridad una aleta de gran tamaño.

Tanto el curioso caso de Pessie –del que se sabe que vivía en el fondo de lagos de agua dulce, y que tenía aletas, y que estaba cubierto por un caparazón que la evolución, según McCullagh, podría haber convertido en las gibas de Nessie como el de los muchos avistamientos –algunos tan delirantes como el de Robert Badger, el buceador que, en 1971, aseguró haberse *topado* con el (MONSTRUO) bajo el agua, y del que se decía, había llegado a *tocarlo*, cosa que él mismo desmintió años más tarde– que se han dado desde que el lago se convirtió en lugar de peregrinaje para, también, aquellos que buscan algún tipo de fama periférica y ridículamente instantánea, han desplazado el foco, multiplicándolo, y

el resultado es la distorsión total de la historia, su *licuación*, o disolución en partículas tan diminutas que resultan fácilmente *extraviables*. Se diría que, con la llegada del narrador múltiple –que en el futuro en el que el conductor de autobús y guía de mi expedición habla de más de 17.000 avistamientos, se ha vuelto ametralladoramente escurridizo, virtual y, por lo tanto, impunemente *invisible*–, la *realidad*, esa experta cronista de sí misma, ha perdido el control de la *trama* y, al hacerlo, la trama, la (LEYENDA), ha empezado, en algún sentido, a ahogarse, a confundirse, en su inconmensurable insignificancia, en el inevitable y ensordecedor ruido de fondo protoinformativo contemporáneo. Lo único que la mantiene a flote, se diría, es su estructura básica, que se repite sin remedio –la del *avistador* ante el (MILAGRO), con una prueba nunca concluyente bajo el brazo–, y que, si hace frente a toda evidencia de su puede que únicamente condición de cosa *imaginaria*, es porque no puede no hacerlo. En esa batalla alternativa que la idea de Nessie libra contra el (MUNDO CERRADO) y (ÚNICO) de lo real empírico, contra la literalidad autómata, contra el soberbio (NO SURPRISES) antropocéntrico, la imaginación o (LO POSIBLE) debe encontrar la manera de abrirse camino, porque, sin ella, ni la propia idea de ser humano tendría sentido.

La batalla, como el espectáculo, debe *siempre* continuar.

3

Inverness tiene una librería (IGLESIA) que nada quiere saber del (MONSTRUO) / ¿Y si el avistador fuera (MERCANCÍA)? / Una manada de plesiosaurios / Usted desaparece (AQUÍ) / Historia de dos (CAZADORES) / Algo llamado The International Loch Ness Monster Search Party

Existe, en Inverness, la fría y modesta, la poco llamativa ciudad que centraliza el turismo relacionado con el (MONSTRUO) desde hace casi un siglo, una librería, la encantadora y *crujiente* Leakey's Bookshop, que antes fue una iglesia. Está situada en la pequeña y nada concurrida Church Street, es decir, en la calle de la iglesia. Por fuera tiene aspecto de iglesia, y por dentro también. Una iglesia de madera –de ahí lo de *crujiente*, los suelos crujen inevitablemente–, en la que los bancos han sido sustituidos por estantes. Estantes atestados de libros de segunda mano que se amontonan, ordenadamente, en los dos pisos del *santuario*, repleto, una lluviosa mañana de ese futuro *presente* en el que, de camino a la esclusa de Dochgarroch, la esclusa desde la que partirá el barco con cafetería en la que sirven (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), me detendré a preguntar por (NESSIE). No es abundante, ni variada, la bibliografía que existe

sobre el (MONSTRUO), pero, me dije, de existir un lugar en el mundo en el que esa reducida bibliografía debía estar disponible, debía, sin duda, ser aquel. No podía siquiera imaginar entonces, o no podré imaginar en ese futuro, que la ciudad no se tome nada bien su condición de *anfitriona* del (MONSTRUO). El adusto librero sacudirá la cabeza en su *despacho*, su despacho con vistas al *santuario*, situado en lo que debió de ser el altar, cuando le pregunte dónde puedo encontrar libros sobre el *loch* o, mejor, libros sobre el (MONSTRUO), y me dirá que no existe nada parecido, pero que, si quiero, puedo echar un vistazo en el estante dedicado a las Tierras Altas. El estante dedicado a las Tierras Altas está francamente escondido en uno de los extremos del *balcón* de la planta superior –toda la planta superior se asoma, de alguna forma, a la inferior, como en un anfiteatro–, y lo único que encuentro, lo único que encontraré, en realidad, que podría tener algún tipo de información al respecto, son los diarios de una mujer que vivió en los alrededores, en una época anterior al año en el que los MacKay lo pusieron todo en marcha. Nada más. ¿Y no es extraño, me diré, que esa librería que debe sufrir a diario pequeñas inundaciones de turistas, no tenga *nada* sobre el (MONSTRUO)? ¿Que ni siquiera se permita reírse del asunto con algún ilustre *souvenir*? No existen en Inverness, ni en el resto de Escocia, *souvenirs* que se permitan cuestionar, desde el humor, la (HISTORIA OFICIAL). Por ejemplo, aunque desde 1994 se sabe que la famosa fotografía del (CIRUJANO), es un tremendo y ridículo *fake*, una travesura infantil que salió formidablemente *bien*, no existe ningún tipo de *merchandising* que se ría del asunto, porque la sensación es la de incomodidad. Se diría que el (MONSTRUO) es algo que la comunidad debe soportar, como se soporta un suplicio, o

a un familiar insoportable por, tal vez, en exceso brillante, o *protagonista*. Algo que querrían que no existiese, o que lo hiciese lejos de allí. En algún sentido, les avergüenza porque impide que les tomen en serio. ¿Y en qué sentido querrían ser tomados en serio? Todo *souvenir* que se permite jugar con la idea del (MONSTRUO) hace siempre algún tipo de otra referencia –y *Jurassic Park* es la única popularmente reconocible: el clásico logo del parque de dinosaurios es en imanes de nevera y pegatinas y posavasos uno en el que las palabras *Jurassic Park* han sido sustituidas por *Loch Ness*, y el perfil *huesudo* del tiranosaurio, por un esbelto plesiosaurio– que nada tiene que ver con la (HISTORIA OFICIAL), y esto resulta francamente sorprendente. En parte, porque al evitarla, está, de alguna forma, negándola. O enterrándola. Impidiendo al turista, y posible avistador, formar parte de ella. Es cierto, existe un lugar al que acudir si se quiere saber (MÁS), pero es un lugar que nada tiene de *ocasional*, ni de *popular*. El Centro del lago Ness, es decir, The Loch Ness Center, eso en que se convirtió el Drumnadrochit Hotel de los *descubridores* del (MONSTRUO), los McKay, es la clase de lugar al que acudiría un ya conocedor de la (HISTORIA OFICIAL) para, simplemente, certificar que aquello que sabe es cierto, o parece serlo. Apuesto a que buena parte de los pasajeros del crucero Jacobite en el que embarcaré tras mi paso por Leakey's Bookshop nada saben de The Loch Ness Center, y jamás sabrán nada de él, y la culpa no será suya. La desconexión que existe entre el mundo *real*, y la (LEYENDA), o las ruinas de esa misma (LEYENDA), es evidente. Por más que las calles de Inverness estén repletas de turistas, y tiendas y restaurantes para turistas, es decir, por más que la ciudad, y sus habitantes, incluido el venerable y algo pedante

librero de Leakey's Bookshop, estén sacando partido de aquello que el (MONSTRUO) ha permitido, esto es, situar ese pequeño y prescindible lugar en el mapa, lo que ocurra con él les trae sin cuidado desde hace demasiado. O tal vez desde el principio. Que la (HISTORIA OFICIAL) no haya sido escrita, que lo único que pueda encontrarse en los estantes de no una librería sino una tienda de *souvenirs* –de una *única* tienda de *souvenirs* en todo el lago, y ninguna más en ninguna parte–, sean lo que parecen autopublicaciones de entre 15 y 30 páginas, llamadas todas *The Loch Ness Monster*, da una idea de lo perdido que el posible avistador, el *visitante*, puede llegar a sentirse. Ajeno por completo al contexto, no será, el visitante, más que *mercancía*, una mercancía que observará la cantidad de peluches con aspecto de dinosaurio –¡algunos ni siquiera respetan el asunto de las *aletas*, son braquiosaurios concebidos como braquiosaurios ataviados con sombreros hechos del estampado de un *kilt* escocés!– que se amontonan aquí y allá, en todas partes, llegando a la conclusión de que eso es lo único que importa, la *cosa*, el *producto* en el que se ha convertido (LA HISTORIA), y ¿qué ocurre cuando una (HISTORIA), o cualquier cosa, se convierte en *producto*? Que deja de importar en tanto (HISTORIA), o cualquier cosa, porque puede limitarse a ser un *algo*, en este caso, el (MONSTRUO) en el lago, tan fuera de sí mismo, y del mundo que lo ha concebido, que ha perdido todo sentido. O ha adquirido la condición de *monumento*, un monumento, en su caso, invisible, o imaginario, que igualmente se visita, porque en su representación está el espacio, el oscuro y misterioso lago, en realidad, una falla terrestre, no *cerrada* internamente, pues a ella puede accederse, por también oscuros túneles, *grutas*, desde el Mar

del Norte, como recordará el conductor del autobús y guía de mi futura expedición. Futura expedición en la que sólo encontraré un *souvenir* que invoque, de alguna forma, a Tim Dinsdale, uno de los pocos *historiadores* del *loch*, el tipo al que echaré de menos durante el crucero. En ese *souvenir*, una postal *especulativa*, una madre o un padre plesiosaurio, es decir, una madre o un padre con el aspecto que se cree debería tener el (MONSTRUO), contempla a su enternecedoramente majestuoso bebé, en un blanco y negro que reproduce el ambiente acuático, fingiéndose una toma submarina de la pareja de imaginarias criaturas prehistóricas. La forma en que esa postal conecta con la (HISTORIA OFICIAL) es sutilmente descarada, aunque, a la vez, oculta a simple vista, puesto que, para explicarse cómo podría el (MONSTRUO) que grabó Dinsdale ser el mismo (MONSTRUO) que no sólo vieron los McKay sino el mismísimo San Columba, se dio por hecho, en la década de los 70, cuando la (HISTORIA) no sólo resurgió sino que se afianzó, y estuvo a punto de darse por definitivamente cierta, que el (MONSTRUO) no estaba solo, que nunca lo había estado, en realidad. Formaba parte de una manada de plesiosaurios.

El plesiosaurio es un tipo de saurópsido supuestamente extinto –oh, es el único dinosaurio al que aún se dice *avistar* y no únicamente en el lago Ness, y hay quien asegura que existen esqueletos nada *antiguos* que, se dicen, podrían ser esqueletos de plesiosaurio y no de *tiburones* peregrino– que apareció a principios del Jurásico, período caracterizado por la hegemonía de los grandes dinosaurios, y por la escisión de Pangea en los grandes continentes Laurasia y Gondwana. El período Jurásico comenzó hace 201 millones de años y acabó hace 145 millones de años. Del plesiosaurio se dice que

parecía «una tortuga con una serpiente ensartada a través de su cuerpo», lo que encajaría con el fósil de Pessie, que, en lo único en lo que se distinguiría de Nessie es en el asunto del caparazón, y en el tamaño, por supuesto. La razón por la que jamás, si Nessie ha pertenecido desde el principio a una manada de supuestos animales prehistóricos que no se extinguieron, animales prehistóricos que se las ingeniaron para continuar viviendo en el insondable Mar del Norte, ha sido visto en compañía, podría tener que ver con que es siempre un único ejemplar el que se abre camino, por esas inexpugnables grutas submarinas que comunican el Mar del Norte con la falla terrestre que dio lugar al lago Ness, quién sabe en busca de qué. Eso explicaría por qué ha habido, desde el principio, algo parecido a *rachas* de avistamientos. Y por qué no es necesario que, en el *loch*, se den las condiciones óptimas de vida para la clase de criatura en la que se piensa cuando se piensa en Nessie, esto es, básicamente, que no haya comida *suficiente* para permitir su subsistencia, discusión que a menudo zanjaba cualquier tipo de conversación al respecto, porque ¿cómo iba a vivir un plesiosaurio del tipo de peces –salmones, algún esturión, truchas, *anguilas*que viven en el lago? Oh, muy sencillo. Porque el (MONSTRUO), y su familia, no vivían *exactamente* en el *lago*. Tim Dinsdale esbozó la primera teoría al respecto en su recomendable, apasionado, descatalogado e inencontrable *El enigma del* PLESIOSAURIO *del lago Ness*. «Si los *monstruos* del lago Ness –escribió–, se han adaptado a su ambiente de agua dulce, como evidentemente han hecho, ¿hay alguna posibilidad de que puedan salir del *loch* por algún canal subterráneo, o un río subterráneo, teniendo en cuenta que toda la zona de Great Glen, de la que el *loch* Ness forma parte,

es una colosal falla, o fractura en la superficie de la tierra? La respuesta es *sí*, aunque extremadamente improbable», se dijo entonces. Poco después de que, en 2019, un análisis masivo de restos de ADN en el agua, concluyera que, si algo *dominaba* el *loch* era la *anguila*, y, como fuerza a creer la decepcionante miniserie documental *El misterio del lago Ness* –oh, decepciona en la medida en que *malversa* los datos de que se dispone con la única intención de *teledirigir* al espectador, como teledirigía al lector, en otra época, la prensa *amarilla*, la prensa sensacionalista–, se llegase a la conclusión de que el (MONSTRUO) podría haber sido, todo este tiempo, poco más que una anguila gigante, la teoría de Dinsdale *reapareció*. Lo hizo para contraatacar, en esa interrumpida línea de la (HISTORIA OFICIAL), con el único fin de mantener al (CONTENDIENTE), la posibilidad de la, aún, existencia del (MONSTRUO), un (MONSTRUO) que no se limitase a ser una anguila gigante, en pie.

Lo consiguió.

A día de hoy, aún hay, en la orilla del lago, (NESSIE HUNTERS).

Los (NESSIE HUNTERS), esto es, los cazadores de Nessie, viven en caravanas, y en algún momento tuvieron una vida, pero lo dejaron todo para no hacer otra cosa que esperar ver aparecer al (MONSTRUO) en el (LAGO). ¿Y no resulta la sola idea de hacer algo así de lo más francamente liberador? Sin duda, hay algo francamente liberador en dedicar tu vida a observar un lago en el que (LO IMPOSIBLE) podría ocurrir. Nada va a tocarte allí, y cada día va a ser, de alguna forma, o en algún sentido, apasionante. Un (NESSIE HUNTER) *anula* toda idea del mundo a su alrededor. Convierte el mundo, de hecho, en mero ruido de fondo. Y ni siquiera eso. El

mundo, para un (NESSIE HUNTER), es sólo una *plataforma*. El lugar desde el que observa el (OTRO) mundo. Un (OTRO) mundo que podría no aparecer jamás. Pero ¿acaso importa que no lo haga? Como diría Jack Kerouac –y no es casual que lo *beatnik* inspirara, de alguna forma, a futuros habitantes de las orillas del *loch*–, el destino es siempre lo de menos, lo importante es el *viaje*, y el viaje en el caso de un (NESSIE HUNTER), empieza y termina en el (LAGO). La observación del (LAGO) es su billete a ninguna parte, o a todas a la vez. Un (NESSIE HUNTER) decide desaparecer, *arrancarse* de lo real, para situarse en una especie de *limbo*, el lugar al que van, en el que anidan, aquellos que crean, y en ese sentido, me digo, no es tan distinta, la aspiración del *cazador* de monstruos que habitan *lagos* de la del (ESCRITOR), que sustituye la realidad por una realidad propia, y *desaparece* mientras le da forma. No hay nada a lo que el (NESSIE HUNTER) pueda dar forma, me digo también, pero en realidad no es cierto. El (NESSIE HUNTER) es, en cierto sentido, un *explorador*, alguien que no puede trazar un mapa de lo observable porque lo observable ya ha sido debidamente observado, e *inventariado*, pero va a dedicarse a *esperar* a que lo (IMPOSIBLE) se vuelva, *sea* (POSIBLE).

Ocurrió, cuenta Dinsdale en su libro, que, después del furor inicial, después del vodevil que siguió al *outing* de (NESSIE) –nombre que, por cierto, se popularizó enseguida, y que podría pretenderse inocente, y en cierto sentido, lo es, pero también parece intencionadamente *instrumental*, pues impide a la supuesta criatura ser otra cosa que una criatura de *ese* lago, de alguna manera, la *enjaula*–, vodevil que se alargó hasta 1935, año en el que Europa empezó a encaminarse al abismo –es el año en que entraron en

vigor las abominables Leyes de Núremberg– de la Segunda Guerra Mundial. Disminuyen, entre 1935 y 1947, los avistamientos y todo tipo de referencias al (MONSTRUO) en la prensa, ocupada como está en informar sobre lo que ocurre en los distintos frentes. Y sin embargo, cuenta Dinsdale, que fueron precisamente esos los años que Constance Whyte, la primera *cazadora* de *monstruos*, en realidad, la primera (NESSIE HUNTER), dedicó a investigar, en serio, el asunto. Whyte estaba casada con el administrador del Canal de Caledonia, una vía navegable que discurre por Escocia y conecta Inverness, y toda la costa oriental, con Corpach, y toda la costa occidental. La vía atraviesa cuatro *lochs*, entre ellos, el *loch* Ness, recorriendo la falla geológica de la que forman parte, el mencionado Great Glen. Las investigaciones de la señora Whyte dieron lugar, en 1957, al primer estudio de *campo* del (MONSTRUO), un libro titulado *Más que una leyenda*. Y, aunque en 1952, el espectacular accidente de John Cobb, el reputado automovilista, récord mundial de velocidad en tierra, había hecho saltar alguna pequeña alarma –aunque inquietante, jamás tomada en serio– sobre la posibilidad de que *algo* hubiese hecho *explotar* en el lago la lancha en la que Cobb pretendía romper también el récord de velocidad acuática –la lancha explotó, y Cobb murió, y las causas siguen sin estar claras–, no fue hasta su publicación que, como relata Dinsdale, no se recuperó el interés por el (MONSTRUO).

Lo hizo justo en un momento en el que el turismo, que durante la Segunda Guerra Mundial se había, prácticamente, extinguido en las Highlands, y en todas partes, *rebrotaba*. Pero se diría que Whyte amplió el espectro de ese turismo. Porque la espectacularización, y en cierto sentido la ridiculización de la primera época –aquella que

tuvo como máximos exponentes a fanfarrones sin complejos que pretendían *reventar* de alguna forma el fenómeno; recuerden a Bertram Mills, el magnate del circo, y su recompensa, y sus desfiles con monstruos de escayola, y también, por supuesto, al *showman* Duke Wetherell, y su cenicero *hipopótamo*–, dio paso a un batallante intento por tratar de *fijar* científicamente el (MILAGRO), por tomárselo tan en serio como esa parte siempre combatiente de lo (REAL) empírico, aun sin pruebas concluyentes y no moviendo (JAMÁS) un dedo para ir en su busca, esperando que fuese la otra parte la que llegase con *algo* para, simplemente, tratar de *destruirlo* –cosa que ocurrirá, ya verán, una y otra vez– se lo permitía. Y así, al poco de publicarse el libro de la señora Whyte, los primeros (NESSIE HUNTERS) *full time*, un matrimonio de *higlanders*, esto es, de habitantes de las Tierras Altas, Torquil y Liz McLeod, se instalaron en la orilla del *loch*. Vendieron el *ketch* –un tipo de velero– de dos mástiles en el que vivían, y compraron un enorme camión de radio, material de guerra en desuso, y lo convirtieron en su casa. Recorrieron con él las costas del lago Ness durante seis meses, y luego, decididos a acomodarse en el lugar, alquilaron una casa en lo alto de las montañas. Se dice que, en 1960, Torquil –que moriría de una rara enfermedad poco después– vio al (MONSTRUO) fuera del agua. Se encontraba al otro lado del *loch*. Torquil lo contempló a través de sus prismáticos durante nueve larguísimos minutos en los que tuvo tiempo incluso de medirlo. Medía, dejó anotado, entre 15 y 18 metros de largo, sin contar con la cola, que estaba metida en el agua. Tenía, el Nessie de McLeod, un largo cuello, «como una trompa de elefante», y cuatro patas, pero, mientras las delanteras parecían eso, *patas*, patas *enormes*, las traseras «semejaban –

apunta Dinsdale, recogiendo el relato de Torquil–, grandes remos». El matrimonio vio al (MONSTRUO) en otra ocasión, ese mismo año, en agosto. Y por primera vez, su avistamiento coincidía con el de otro avistador. Y era un avistador numeroso: una familia al completo. Y a bordo de su propio yate. Yate que, en aquel momento, evidentemente, se encontraba en el lago. Así que los Lowrie, que así se llamaban, navegaban por el *loch* cuando vieron aparecer a una criatura «verde y marrón» de alrededor de 12 metros. La fotografiaron. En la fotografía puede verse una gran estela en forma de V en medio del agua absolutamente quieta. Lo que no puede verse en la fotografía son las tres gibas y el enorme cuerpo sumergido que, dijeron, podían ver con toda claridad desde cubierta. Al avistamiento de los Lowrie se lo conoce como avistamiento (LOWRIE), pese a que también contó, desde tierra, con el matrimonio McLeod para respaldarlo. Se produjo el 7 de agosto de 1960.

Cuando se produjo el avistamiento de (LOWRIE), Tim Dinsdale, el tipo al que echaré de menos en mi crucero Jacobite, en tanto honesto y apasionado (NESSIE HUNTER), decidido a contemplar el lago hasta dar con algo, pero no abrir el pico hasta verdaderamente dar con algo, ya había rodado su famosa película. Lo había hecho el 23 de abril de ese mismo año. La película es la mencionada película de apenas un minuto, pero un minuto *eterno*, en la que puede verse claramente cómo algo se mueve en el agua. El algo es un algo que se aleja. Y, aunque en el futuro se dirá que se trataba, sin duda, de «un objeto desconocido *inanimado*», por entonces era lo más cerca que se había estado de contemplar, *mundialmente*, al (MONSTRUO). Porque, sí, la *película* –que Dinsdale grabó el sexto y

última día de su primera expedición al lago–, se emitió en el programa *Panorama*, de la BBC, en junio de ese mismo año –1960–, después de que el *Daily Mail* se hiciera eco de la (NOTICIA). Casi diez millones de personas *vieron* a Nessie cruzar el *loch*, y escucharon a Dinsdale contar su historia. El revuelo fue tal que se reavivó, inesperada y ferozmente, la fiebre del (MONSTRUO). Podría decirse que, con el *clip* de Dinsdale, dio comienzo la Segunda Edad Dorada de la Supuesta Existencia de (NESSIE), que se alargaría hasta los años 80, y que tendría como objetivo probar, científicamente, que había un (MONSTRUO) en el lago. Dinsdale publicó la primera versión de su libro –ese libro que en español tiene una horrenda sobrecubierta roja, una sobrecubierta criptozoológica, en la que aparece un Nessie en sombras emergiendo de las algo revueltas aguas de un lago, también, rojo– en 1961, y un año después, en 1962, se creó, recordemos, Loch Ness Phenomena Investigation Bureau, la (LNPIB) –es decir, la Oficina de Investigación de Fenómenos del lago Ness–, que, cada verano, hasta 1972, reunía a un grupo de voluntarios que se dedicaban al trabajo de *campo*, esto es, todo lo que había hecho Dinsdale antes de apostarse en la orilla en abril de 1960, con cámaras y trípodes, una cama plegable y provisiones. ¿Y qué era lo que había hecho Dinsdale? Había viajado a menudo al *loch*, pero no para contemplarlo, sino para entrevistar a todo aquel que había tenido alguna experiencia con el supuesto (MONSTRUO). Dividió sus cuadernos de tal manera –por zonas en las que se habían producido los avistamientos, partes del cuerpo del animal, y número de avistadores en cada caso– que el (MONSTRUO) fue tomando forma a medida que acumulaba relatos de testigos. «El trabajo se mostró

sumamente interesante, y mientras progresaba –escribió Dinsdale– se hacía cada vez más evidente que el monstruo del *loch* era de verdad un animal viviente». Fue sólo después de eso que empezó él, activamente, a tratar de dar con el (MONSTRUO). Y lo hizo. En más de una ocasión. Porque Dinsdale dedicó el resto de su vida –murió en 1987, a los 63 años, víctima de un repentino ataque al corazón– a volver a dar con otra prueba, tan contundente como fuese posible, de la existencia de Nessie. No bastaba con que él hubiera experimentado de qué forma a menudo el lago parecía mecerse, y golpearte, cuando lo cruzabas en un bote, por más que no hubiese ni una sola ola a la vista –hay infinidad de relatos parecidos, pero nadie se ha atrevido nunca a sentirse *movido* por el (MONSTRUO), y a la vez, lo ha hecho, porque ese gesto de aterradora intimidad tiene, como todo lo relacionado con Nessie, algo de *milagroso*, un milagro que te ha elegido a ti, aunque ni siquiera sabe que existes, o no existes más que en la medida en la que lo hace el montón de madera que te mantiene a flote–, tenía que demostrar, como ya lo había hecho, pero más contundentemente –que no sólo se viera un algo alejarse, sino que ese algo se dejase ver con claridad–, que, sin duda, había un (MONSTRUO) en el lago.

No lo consiguió.

Pero sé que, de volver a la vida *mañana*, subiría a su coche, y se dirigiría al *loch*, para volver a contemplarlo. Es por eso que lo echaré de menos en mi futura expedición por el lago. No habrá en ella nadie con prismáticos –siempre que imagino a Dinsdale, lo imagino con prismáticos, para no perder detalle del más mínimo movimiento–, y tampoco nadie que observe el lago con la curiosidad de aquel que sabe que nada está escrito aún, porque todo lo que ha sido escrito

puede volver a escribirse, se *sobreescribe* todo el tiempo, porque el mundo, tan palpable y real como parece a nuestros limitados sentidos, jamás dejará de ser un (MISTERIO), un algo, en realidad, misteriosamente (FANTÁSTICO). Dinsdale representa a un tipo de (NESSIE HUNTER) admirable en tanto agente *narrativo*. Su compromiso es un compromiso con la maltratada (HISTORIA OFICIAL). Es decir, su compromiso es un compromiso con la *trama*. La historia, como la batalla, y el espectáculo, debe siempre *continuar*. Y hacerlo tan establemente como le resulte *posible*. Y he aquí que Dinsdale, tomando el esbozo de la tal Constance Whyte –la verdadera instigadora de esta segunda *parte*, con su decisión de reunir la información que el fenómeno había producido hasta el momento, a partir de su estudio de *campo*, todas esas entrevistas que Dinsdale replicó y a las que añadió su propia experiencia en tanto futuro, e inminente *entrevistado*, nada menos que por el entonces famosísimo Richard Dimbledy, al frente del programa *Panorama* de la BBC–, dibujó una inexplorada y frondosa nueva posibilidad narrativa, responsable de las futuras, y muy serias, investigaciones, como la que protagonizaron *sir* Peter Scott, el fundador de la Loch Ness Phenomena Investigation Bureau, y el abogado, inventor, compositor y *avistador* del (MONSTRUO) Robert Harvey Rines.

Rines que, de niño, le había echado un pulso al violín al mismísimo Albert Einstein en un campamento de verano, y que, luego, durante la Segunda Guerra Mundial, se había alistado en el Cuerpo de Transmisiones y, a su vuelta, había compuesto música para Broadway y había patentado alrededor de 800 inventos, acabaría desarrollando un dispositivo para mejorar el funcionamiento del radar

y del sonar que iba a serle muy útil bajo el *loch* cuando se obsesionara con (NESSIE). La cosa ocurriría el año 1972. El año 1972, Rines, norteamericano, y su segunda esposa, viajaron a Escocia para disfrutar de su luna de miel. Un amigo les invitó a tomar el té en su casa junto al lago –ajajá, el lago era el *loch* Ness–, y en un momento dado, el anfitrión observó algo extraño en la superficie del agua. (MIRAD, TODOS, ALLÍ), dijo. Rines y su esposa se apresuraron a mirar en la dirección en la que señalaba su amigo. Al principio creyeron estar observando una barca volcada, pero cuando contemplaron la *cosa* con los prismáticos, advirtieron que se trataba de lo que parecía una giba, o joroba, grisácea, como piel de elefante, que se elevaba y desaparecía con rapidez en la superficie del lago. La visión, contó Rines, duró diez largos minutos, y convenció al inventor de que había, sin duda, un (MONSTRUO) en el lago. Y lo que empezó siendo un entusiasmo de aficionado, acabó convirtiéndose en una obsesión. Rines se compró una casa cerca del lago Ness, y ese mismo año, puso a la Academia de Ciencias Aplicadas –creada por él mismo– y sus avanzadas técnicas –sus *inventos*– al servicio de aquellos que, empezando por él mismo, querían acabar de una vez por todas con el *mito*. Para ello tenían que convencer a la comunidad científica de su existencia, con pruebas más *sólidas* que las existentes. La fotografía submarina, y el sonar, parecían excelentes instrumentos para hacerlo. Pero ¿acaso fue más concluyente la captura conseguida por Rines –la fotografía de la (ALETA), en la que, claramente, podía verse una enorme aleta en primer plano, y nada más– que las conseguidas hasta el momento? No, y a la vez, sí. ¿Por qué? Veamos. Se dijo, también, que el sonar había captado el «eco», o sonido subacuático, «de una

cola enorme», pero ¿demostraba eso algo más de lo que había demostrado el *clip* de Dinsdale? No. Y, sin embargo, lo hizo. El «descubrimiento» de Scott y Rines llegó a la canónica revista *Nature*, que consintió en que la extraña pareja formada por el respetado inventor –he aquí, en la condición de Rines, un vestigio de la historia *pasada*, ¿recuerdan la fotografía del (CIRUJANO), y la idea de la *respetabilidad* de la *fuente*?– y el futuro *sir*, por entonces, apenas el fundador de una organización criptozoológica –la Loch Ness Phenomena Investigation Bureau–, le pusieran nombre, un nombre (CIENTÍFICO) a la criatura. La llamaron *Nessiteras rhombopterix*, es decir, «habitante del lago Ness con aletas en forma de diamantes». Oh, hubo quien consideró, y nada menos que un político, un político conservador, por entonces, 1974, el primer ministro de Escocia, Nicholas Fairbairn, que el nombre estaba riéndose de todos ellos, el mundo (AL COMPLETO), pues, decía, era un anagrama de (MONSTER HOAX BY SIR PETER S.), algo así como (EL BULO DEL MONSTRUO, POR SIR PETER S.). Pretendía, Fairbairn, *barrar* el paso a la fortalecida resurrección de (NESSIE) que, en la batalla por la *credibilidad*, acababa de dar un paso (ENORME), y no únicamente porque Rines fuese un respetado hombre de ciencia, sino porque los medios utilizados no habían sido, por una vez, medios de *aficionado*, ya que, la cámara submarina que había tomado la famosa imagen de la aleta, había sido diseñada por Harold *Doc* Edgerton, el tipo que trabajaba, codo con codo, con el oceanógrafo más famoso, y serio, del momento, y de todos los tiempos: Jacques Cousteau.

El asunto del (MONSTRUO) volvió, entonces, con fuerza, al Parlamento. Se había debatido qué hacer con (NESSIE), de dar

definitivamente con ella –sí, (NESSIE) es, oficialmente, una *ella*–, en 1933, después de que los McKay provocaran el revuelo que provocaron. Y se había dicho que no había nada que hacer, puesto que cualquier cosa, estaba contemplada, en la ley de protección de animales «no especificados» de 1912. Lo de «no especificados» incluía, sin duda, al (MONSTRUO). El tiempo pasó, la (HISTORIA OFICIAL) se ramificó y, en la batalla entre lo (ADMISIBLE) y lo (IMPOSIBLE), se cruzó una gigantesca garra, hallada en los alrededores del *loch*. La garra era, además de gigantesca, tan en exceso plana que sólo podía tratarse de la garra de un animal prehistórico. El año en que eso ocurrió fue 1958. Ocurrirá a menudo a partir de ese año, cuando dé comienzo la Segunda Edad Dorada de la Supuesta Existencia de (NESSIE), la búsqueda, siempre infructuosa, de una evidencia *científica*, o la trama volviéndose definitivamente más (COMPLEJA), avanzando para escapar al paralizante Síndrome King Kong –el (MILAGRO) como mero *escaparate*–, que las (NOTICIAS) serán tan indiscriminadamente oportunas que, informaciones como el hallazgo de una garra *real*, e inexplicablemente enorme, competirán con la enésima dudosa fotografía, y ninguna importará más de la cuenta –he aquí el efecto (RUIDO DE FONDO), o cuando el exceso produce lo contrario, un hartazgo, un alzamiento de cejas, un (¿DE VERAS, UNA GARRA?) (¿Y TAMBIÉN LA FOTOGRAFIARON?), el clásico Informa Con Descuido Y Avallasadoramente Y Aniquilarás Aquello Sobre Lo Que Pretendías *Informar*–, y entonces pasará inadvertido algo verdaderamente *destacable*. Como que, en ese año, 1958, se le planteó al secretario de Estado, el secretario de Estado de Escocia, *regular* la más que posible existencia de (NESSIE). Porque aquella

garra era una prueba, ¿no? ¿De dónde iba a haber salido? ¿Y si de veras el (MONSTRUO) estaba en el lago? ¿Acaso no debía, él, el secretario de Estado, proteger a los pescadores, a los *vecinos*? Debía darles algún tipo de instrucción sobre qué hacer con el (MONSTRUO) en caso de que, simplemente, un día, *apareciese*. Pero el secretario de Estado se encogió de hombros y dijo que no había, en realidad, de qué preocuparse, ¿cómo iba el (MONSTRUO) a existir? Aquella garra no era más que la garra de un cocodrilo, dijo, pero un cocodrilo al que *algo* había *pisado* con la suficiente fuerza como para *aplastarla* y convertirla en papilla de pata de cocodrilo *gigante*. No dijo qué clase de animal podía, en los alrededores de aquel lago, haber pisado a un cocodrilo con la suficiente fuerza como para hacer de su pata aquella cosa *enorme*. He aquí la injusticia *narrativa* contra la que decía luchar Lieve Peten, la cazadora de monstruos que se instaló con 20 años, en la década de los 70, en la orilla del *loch*, la *novia* por *correo* de Frank Searle, la mujer que sentía (VERGÜENZA) por cómo (LOS PERIÓDICOS SE REÍAN) del (MONSTRUO). Lo fácil que resultó ignorar, en aquel momento, el hecho de que, en los alrededores del lago, no había ningún animal que pudiese *aplastar* la garra de un cocodrilo de tal manera, y con tanta fuerza, que ésta acabase adquiriendo el aspecto de una garra de criatura prehistórica. Y, sin embargo, ¿acaso se dudó ante la explicación?

Lo que ocurre en este caso es tremendamente interesante. La *negación* es aquí la clave. Ante la duda, *no*. Siempre *no*. El *no* es el mismo *no* que recibe el (MONSTRUO). Es el *no* ante todo lo relacionado con aquello que no podemos controlar. Es el *no* temeroso de quien en absoluto está dispuesto a considerar siquiera

la posibilidad de que el (MUNDO) que contempla, el (MUNDO) que habita, sea otra cosa que aquello que conoce. Pero ¿qué *conoce*? Lo que le han dicho que conoce. Y, por eso, ante la duda, *no*. Aunque ocurran cosas como esta. Cosas como la de la garra del cocodrilo. *No*, la garra no es una garra de una criatura prehistórica, sólo es una garra de cocodrilo, pero una que ha sido *aplastada*, hecha *papilla*, por un animal gigantesco, que, se da por supuesto, *existe*, porque si no, esa garra no tendría ese aspecto, ¿y qué clase de animal gigantesco podría *existir* en el lago Ness que no fuese (NESSIE)?

No, no hubo editoriales en la prensa al respecto.

¿Acaso importaba?

La cosa legal continuaría.

En la década de los 60, se consideró que, si (NESSIE) aparecía en la orilla del *loch*, si era capturado *allí*, pertenecería, según la prerrogativa real –esto es, la serie de privilegios e inmunidades que corresponden a la Corona británica–, a la reina y que, por lo tanto, estaría *protegido* por las *leyes* de algo llamado *Royal Fish*, porque la criatura sería considerada una especie de *pez real* enorme. Un pez que podía, sin embargo, *caminar*, o abrirse camino hasta la *orilla*. Cuando, a principios de la década de los 70, parte del *sueño* hippie se instalara en esa misma orilla, huyendo de la norteamericana pesadilla de (VIETNAM), y de la forzada, y aunque paulatina, inexorable, vuelta a lo real que impondría el *desbarate* del movimiento de la (PAZ) y el (AMOR) provocado por su (LADO OSCURO), esto es, la (FAMILIA MANSON), pero no únicamente la (FAMILIA MANSON) –todo tiempo *revuelto* es siempre *finito*, y sobre todo, fácil y sutilmente domesticado, especialmente *éste*, dada su nada aparente ingenua despreocupación–, la vida en el (LAGO)

sería vista, *también*, como una suerte de huida (MÍSTICA) de lo (REAL), o un mero refugio, hasta cierto punto enternecedoramente infantil, o apasionantemente iluso, tan opuesto a la brutalidad del alistamiento, y la *guerra*, que no podía si no resultar altamente apetecible a todo aquel que se negase a asumir el (ABSURDO) de la lógica del sistema. Y habría quien, como Frank Searle, se aprovecharía de ello.

Detengámonos un momento a observar qué hace, qué hizo, el *famoso* Frank Searle, en la orilla del lago. El año es 1969, y Searle, el tipo que fingirá haber muerto *devorado* por el (MONSTRUO) cuando la presión sobre sus nada ortodoxas, *criminales*, prácticas, resulte insoportable –cosa que ocurría a mediados de los 80–, tiene 48 años. Se tiene a sí mismo por fotógrafo –así lo considera hoy la (HISTORIA OFICIAL), y su propia y hagiográfica, *indultante*, página de Wikipedia–, pero había sido soldado, había pilotado aviones, y la vida, en aquel momento, le parecía un pequeño algo con lo que jugar, porque ¿qué podía perder? ¿No lo había perdido *todo*? Adrian Shine, una pequeña gran autoridad en los asuntos del *loch*, nada menos que el más *político* (NESSIE HUNTER) que pueda imaginarse, un alguien comprometido hasta el punto de formar parte de eso que se tiene por la fuente oficial de lo que en el lago ocurre concerniente al (MONSTRUO), el Loch Ness Centre, dice de él que llegó a perder la cabeza, que su desproporcionado ego románticamente elevado por la infructuosa búsqueda hizo que la perdiera, como si fuese una especie de capitán Ahab que hubiera escapado de una versión de *Moby Dick* en la que el genio Herman Melville hubiese convertido a la (BALLENA BLANCA) en el (MONSTRUO) del lago. Resulta, Shine, en exceso indulgente. Sobre

todo, teniendo en cuenta que Searle trató de, si no matarlo, sí *eliminarlo* de lo que él creía era una carrera, no tanto en busca del (MONSTRUO), como de la (FAMA) que esa búsqueda podía llegar a imprimir en ¿qué? ¿Tu trabajo? ¿Tu *figura*? Lo único que Searle quería era pasar a la (HISTORIA). No a la (HISTORIA OFICIAL), a la (HISTORIA) sin más. Iba a ser tan sencillo como fotografiar al (MONSTRUO) no una vez, sino *cientos* de veces, se decía. Convertirse en el *chiflado* que vivía en una tienda de campaña –eso es lo que hace en 1969, Searle ha reunido sus cosas, que no son demasiadas, y se ha instalado en una tienda de campaña en una de las orillas del lago, y, piensa pasar allí el helado invierno, bajo la nieve, nieve amontonada por todas partes–, una tienda de campaña a la que le llegaba el correo –su dirección era, simplemente, (THE TENT), es decir, (LA TIENDA)–, y a la que peregrinarían los turistas, una vez se corriese la voz de que aquel tipo, el tipo que vivía en el (LAGO), el *chiflado*, no sólo había logrado fotografiar al (MONSTRUO), sino que lo había hecho en más de una ocasión y podía *elegirse* de entre las instantáneas que integraban la pequeña *exposición* que rodeaba su tienda primero, y su caravana después, un más que curioso *souvenir*. Es decir, una (AUTÉNTICA) fotografía del (MONSTRUO), comprada nada menos que en la orilla del lago.

Si bien en un primer momento se llegó a considerar la posibilidad de que Searle no estuviese *mintiendo*, de que no estuviese tratando de explotar su propia mina de oro, su propia y consentida idea del *fake*, un *fake* que, en aquel iluso momento, el momento en el que chavales como el futuro (BIGFOOT HUNTER) Lee Frank escapaban de la pesadilla de (VIETNAM) para unirse a la Loch Ness Investigation Bureau, aún no lo había devorado (TODO), no tardó en

descubrirse, y de forma un tanto ridícula, que las únicas fotografías que aquel tipo, Searle, estaba tomando, eran fotografías de *postales* en las que aparecían majestuosos ejemplares de apatosaurus. El apatosaurus es un dinosaurio francamente parecido al braquiosaurio, esto es, un saurópodo *cuellilargo* gigantesco, y, si se le extirpa la parte inferior, es decir, si se le coloca bajo lo que podría ser un *manto*, un manto que finge ser un manto de *agua*, podría perfectamente pasar por un plesiosaurio y, por lo tanto, por *Nessie*. Fueron Searle y esas fotografías los culpables de que el asunto pretendidamente serio de *sir* Peter Scott y Robert Rines, pese a llegar a la prestigiosa revista *Time*, logro jamás alcanzado hasta el momento por nada relacionado con la posible existencia del (MONSTRUO), no se tomase nada en serio al principio. ¿Que por qué? Oh, porque el malvado, el tramposo Searle acababa de hacer llegar a la prensa, a sabiendas de que estaba por llegar lo que fuese que encontrasen ellos, es decir, la fotografía de la (ALETA), las *peores* falsificaciones que había hecho hasta la fecha. Su territorialidad fue, desde el primer momento, terrible y peligrosamente *infantil*. Decidido, Searle, a quedarse con el pastel de la búsqueda al completo, a no compartir su condición de infatigable y excéntrico *cazador* y, en tanto infatigable y excéntrico cazador, algo único y decididamente valioso, boicoteó a conciencia, y en más de una ocasión, toda posibilidad de control del *relato*, toda posibilidad de que la (HISTORIA OFICIAL) se alejase de aquello que, como *outsider*, él representaba. ¿Y qué representaba? El *cinismo*.

Ejerció, Searle, un *abuso* sin complejos de la figura del (MONSTRUO), de la *idea* del (MONSTRUO), explotándola hasta, como ocurrió en el momento de la fotografía de Rines y Scott,

reventarla, porque lo único que le importaba era él mismo, su condición de napoleónico (CASI FAMOSO) y, en realidad, mero hazmerreír o, mejor, creciente hazmerreír del marginal y sospechoso (UNIVERSO NESSIE). Y no sólo de la figura, o la idea del (MONSTRUO), también de todo aquel que, ilusamente, pretendía acercarse a ella. ¿He dicho (TODO AQUEL)? En realidad, debería decir (TODA AQUELLA). Porque, durante los años que Searle pasó en la orilla del *loch*, atrajo a sus aposentos, aquella estrambótica tienda primero, y su caravana del *amor* después, a jóvenes como Lieve Peten, a la que captó –como captó al resto– a través de un anuncio en su propia *Monthly Newsletter*, suerte de protopublicación de escasa distribución –era él mismo el encargado de fotocopiarla y enviarla a sus nada abundantes suscriptores, y debía distribuirla también entre los turistas y curiosos que se acercaban a su pequeña exhibición de atrocidades– en la que detallaba sus descubrimientos, como si de un diario de a bordo se tratase. Pedía, Searle, en aquel folleto autopublicitario –él fue siempre su propio mito, el único posible–, «una ayudante» que, cuando llegaba al lugar, descubría que debía *dormir* con su *jefe*, porque «en la caravana había una sola cama». Ayudante que, si bien en un primer momento era tenida por la única *compañera* de aquel tormentoso héroe romántico –en realidad, aquel desaprensivo depredador al que la prensa dedicaba artículos que le volvían, cada vez, más famoso, pero también, evidenciaban su imparable ridículo–, no tardaba en descubrir que la convocatoria seguía abierta, y que, como le cuenta Lieve Peten a McLaverty en su documental, había chicas dispuestas a acostarse con él todo el tiempo. Chicas no necesariamente interesadas en el

(MONSTRUO), sino atraídas por tan estrambótico y aparentemente salvaje personaje.

Lieve relata cómo a menudo se quedaba fuera de la caravana, leyendo un libro, mientras Frank se lo montaba con la chica de turno, que siempre tenía alrededor de 30 años menos que él. «El único monstruo que había en aquel lago era Frank», suelta Lieve en un momento dado del documental de McLaverty. Lieve pasó dos años con él en aquella caravana. Luego se volvió a Bélgica. Probablemente el mismo año en que Frank trató de desviar la atención del logro de Rines y Scott, y en que empezaron a aparecer en la prensa titulares que daban cuenta de la disoluta vida que el supuesto *investigador* llevaba en la orilla, titulares como (THE NESSIE HUNTER AND HIS LADIES ON THE LOCH) acompañados de fotografías en las que Frank aparecía rodeado de chicas. Se bromeaba, desde aquel desvío de la (HISTORIA OFICIAL) que constituía toda excentricidad relacionada con la búsqueda del (MONSTRUO), con la inacabable colección de conquistas de aquel cada vez más desplazado (INTRUSO). Porque el paso del tiempo alejó, sin remedio, a Frank Searle de su (BALLENA BLANCA), esto es, la (FAMA), y le convirtió en un impredecible y peligroso animal salvaje. Antes de marcharse sin dejar rastro, tratando de fingir que el (MONSTRUO) le había devorado, hundiendo su caravana en el lago, Searle atacó, con cócteles molotov, un asentamiento de jóvenes investigadores inspirados por Dinsdale, y emocionados ante el hallazgo de Rines, entre los que se encontraba su entonces archienemigo Adrian Shine, el, podríamos decir, *nuevo* Dinsdale, esa futura pequeña autoridad en los asuntos del *loch* que, desde su llegada en 1973, ha formado parte de toda batida científica *seria* que

se ha hecho, desde la llamada (OPERATION DEEPSCAN), esto es, el multitudinario escaneo de 1987, un escáner submarino sónico llevado a cabo por una flota de 24 lanchas a motor que radiografiaron, sónicamente, el 60 por ciento de la superficie del agua –y que dieron con unos «inexplicables sonidos» que parecían producidos por algo «más grande que un tiburón pero más pequeño que una ballena»–, hasta la toma de muestras de ADN de 2018 –que dio lugar a la (TEORÍA DE LA ANGUILA GIGANTE), hoy descartada por la (HISTORIA OFICIAL)– y, por supuesto, el encantador *revival* que tendrá lugar una semana después de mi expedición, en agosto de 2023, cuando *cientos* de personas se sumarán a una búsqueda de dos días organizada por el Loch Ness Centre, la primera en 50 años, a la que llamarán (THE QUEST). El resultado será, como habitualmente, y pese al uso de drones térmicos, *ninguno*. Pero el hecho de que se produzca, en ese futuro en el que todo lo relacionado con el (MONSTRUO) es neblina y ruido, invisibilidad y anécdota, prescindible y vieja, e infantil (HISTORIA FANTÁSTICA) de otra época, una época en la que la frontera entre lo imaginario y lo real era más evidente, y, por eso, más deseablemente maleable, producirá, a su vez, un movimiento modestamente maestro en lo que a la (HISTORIA OFICIAL), el *relato*, esa batalla entre la posibilidad, y el feroz *no*, se refiere. Se invocará el viraje científico y, por lo tanto, serio, que se dio en la tumultuosa década de los 70, y que se alargó hasta principios de los 80, puede que hasta el momento en el que Searle abandonó el (LAGO), y todo se volvió ligeramente menos apasionado, o simplemente menos visible. Durante esa década, la sensación, con respecto a la (HISTORIA OFICIAL), era que el

descubrimiento no sólo podía producirse en cualquier momento, sino que *iba* a hacerlo.

Cuando algo llamado The International Loch Ness Monster Search Party, esto es, una expedición de presuntos expertos japoneses, integrada por supuestos oceanógrafos y biólogos y quién sabía qué más, y liderada por un tipo –Yoshio Kou– que presumía de contar entre sus amigos a Tom Jones y Muhammad Ali, el boxeador, se instaló en una de las orillas del lago y decidió que iba a dar con el (MONSTRUO), las autoridades británicas temblaron. Porque ¿y si ocurría? ¿Y si aquella gente daba con él y se lo *llevaba*? Por aquel entonces, aún 1973, (TODO) era (VERDADERAMENTE) posible. Decíamos que si hubo un momento en el que la delgada línea entre la ficción y la realidad, o lo fantástico y lo real, entendido lo real como aquello colectiva y convencionalmente aceptado, se emborronó hasta prácticamente volverse *indistinguible*, o *superarse*, fue en la década de los 70, en concreto, en esos primeros y esperanzadoramente *salvajes* años. Es curioso. No ocurre a menudo que la (REALIDAD) empequeñezca como lo hizo entonces. No ocurre que sea capaz de temerle a un tipo que viste abrigos vampíricos, llamativamente elegantes, y que dice que no va a tardar en dar, no con el (MONSTRUO), sino con los (MONSTRUOS), y que va a entregárselos a la (REINA), porque es a ella a quien pertenecen, y sonrisas de dientes amontonados mediante, se muestra endiabladamente seguro de sí mismo, tan seguro de sí mismo que hasta que no se descubra que su equipo lo integran actores –de ahí que prefirieran pasar las noches bebiendo en los pubs de la zona, sembrando una inquietante duda entre los lugareños, ¿qué clase de científicos podían despreocuparse *tanto* ante tan descomunal más

que posible descubrimiento?–, se cree que la expedición –pagada, en buena parte, por tecnológicas, Sony, Panasonic, Honda– va a ser un éxito, y que va a *robarles* su (TESORO), el (MILAGRO) que jamás se han tomado todo lo en serio que, tal vez, deberían, porque ¿y si, de veras, durante todo ese tiempo, ha habido un (MONSTRUO) en el (LAGO)? Pese a que la expedición nipona no arrojó ningún tipo de resultado –ni siquiera el equipo técnico era *serio*, sus máquinas eran cachivaches sin sentido, todo el asunto no fue más que una pantomima, y una de lo más cínicamente abominable–, activó la paranoia ante la posibilidad de que (CUALQUIERA) pudiese llevarse el (TROFEO) a casa en cualquier (MOMENTO).

Porque sí, el (TROFEO), se creía entonces, y fervientemente, existía.

O podía hacerlo.

De ahí el asunto de los delfines, y Margaret Thatcher.

4

El asunto de los delfines, y Margaret Thatcher / La (MASCOTA) de Aleister Crowley / Dejen en paz al (MONSTRUO), dijo el (REVERENDO)/ Herman Melville dio en el (BLANCO) / No permitan que los (NIÑOS) viajen (SOLOS) / Hay un (MONSTRUO) en el (LAGO)

El asunto de los delfines, y Margaret Thatcher es un asunto divertido. El año es 1979. La líder el Partido Conservador, la líder *tory*, la mujer que acabó para siempre con toda idea posible de la comunidad, y entregó el alma del Reino Unido a un liberalismo feroz que, con el tiempo, acabaría devorando a Europa entera, Margaret Thatcher, acaba de ganar las elecciones. Y entre las primeras medidas que toma, figura, al parecer, la de hacer llegar al lago Ness dos delfines norteamericanos. Delfines entrenados para encontrar, de una vez por todas, al (MONSTRUO). ¿Ocurrió? No hay rastro de que lo hiciera, y no lo hizo en realidad, pero hubo un interesante intercambio de cartas entre responsables de diversas instituciones dedicadas a la protección del medio ambiente al respecto. Intercambio que llegó a Suecia, que escribió para preguntar cómo estaban gestionando la posibilidad de que hubiese un (MONSTRUO) en el lago, porque ellos creían tener uno también, el, al parecer,

famoso (MONSTRUO DEL LAGO STORSJO), y querían saber qué clase de jurisdicción se aplicaría sobre él de encontrarlo. Según la prensa que tuvo acceso a estos documentos el año 2006 –cuando se desclasificaron–, al gobierno Thatcher le traía sin cuidado lo que ocurriera con (NESSIE) una vez se diera con él, sólo usó la coartada *animalista* –los derechos de la criatura en cuestión– para explorar la posibilidad de pedir prestados, de veras, un par de delfines *soldado* a los *marines* norteamericanos. Los *marines* norteamericanos habían combatido, quién sabía cómo, con delfines soldado en Vietnam. Los delfines soldado eran capaces de nadar a profundidades superiores a la profundidad del *loch*. Podía resultar relativamente sencillo para ellos dar con (NESSIE), debió decirse Thatcher que, por encima de todo, se veía presidiendo un Reino Unido que *liderase* el turismo (MUNDIAL) porque ¿acaso podía competirse con la atención que generaría un (MILAGRO)? Imaginaba, la administración Thatcher, su propio *Jurassic Park* integrado por una única *bestia*, o, tal vez, por una encantadora pequeña manada de las mismas, una *familia* de majestuosamente inofensivos y fantásticos plesiosaurios, pero temía lo que de ella podía pensarse si se sabía. De ahí que el asunto no llegara, en su momento, a la (FÁBRICA DE NOTICIAS). Que lo hubiera hecho habría supuesto un desatino, porque ¿acaso la (REALIDAD), una (REALIDAD) representada en aquel momento por nada menos que el (GOBIERNO) de Margaret Thatcher, podía permitirse el lujo de consentir la posibilidad, más que *real*, de aquella (OTRA) *realidad*?

No.

No podía.

Y sigue sin hacerlo.

En el futuro, ese futuro que, aquí dentro, *ahora*, es *pasado*, y a la vez, como la casa Boleskine, la casa (MALDITA) situada al sureste del *loch*, es capaz de contener (TODOS LOS TIEMPOS), *nada* que relacione a ningún tipo de delfines con el (MONSTRUO) sale del pequeño altavoz del barco con cafetería, y todas esas cosas (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), en el que tal vez, sólo tal vez, me tope, yo misma, con el (MONSTRUO). Cae, sin remedio, y como premeditada y oportunamente, una fina y fantasmagórica lluvia, que aleja aún más al crucero –ese ente de *este* mundo que está osando internarse en el *otro*– del paisaje en el que está *inserto*. Allá, en una orilla, dos hombres, con oscuros y sólidos impermeables, recorren un sendero anegado. Les sigue un perro empapado, que se detiene a olisquear a cada rato. Cargan, el par de tipos, con sus cañas de pescar. En algún momento se detendrán, se hundirán hasta la cintura en el lago y esperarán, bajo la lluvia, a que *algo* pique el anzuelo. Y, desde el barco en el que *nada* se está diciendo de ningún tipo de delfines, parecerá que lo hacen en otro planeta, o en el interior de una pintura, un *cuadro*, en movimiento, en el que lo irreal también está *sucediendo*, y lo lleva haciendo todo el tiempo, desde el principio de todos esos tiempos que contiene la mansión Boleskine, esa casa, el *otro* misterio del *loch*, a la que la (REALIDAD) no teme –es *ella*, hoy, de hecho, su *dueña*, pues es la autoridad local, el Highland Council, quien aprobó su restauración, aceptándola en tanto domesticada futura atracción turística– porque ¿acaso va la (REALIDAD) a temer a un puñado de (FANTASMAS)? Es curiosa la forma en que la (MANSIÓN) ha sido *aceptada* en tanto valioso pequeño (TESORO) oscuro del lugar, pese a su tormentosa, temible

y *fantástica* condición. La (MANSIÓN) perteneció al escritor y ocultista Aleister Crowley, quien, fascinado por su historia –que dio comienzo en el siglo XVII con un enfrentamiento entre un mago, un sacerdote y una pequeña multitud de muertos vivientes–, la compró en 1899, y vivió en ella, alimentando, decía, al (MONSTRUO) del lago, su (MASCOTA), con ovejas muertas –tiraba una, decía, cada sábado–, e invocando todo tipo de espíritus malignos, abriendo las puertas –la mansión está considerada un (PORTAL) a, no otro mundo sino, esos otros tiempos, cualquier otro tiempo del (INFIERNO), o algo parecido, y no cerrándolas jamás, pues era, se dice, un satanista descuidado, que tendía a *cansarse* de la irredenta orgía que armaba cada vez, aquí y allá, en todas partes. Si ha sido aceptada en tanto valioso pequeño (TESORO) oscuro del lugar es porque una (CASA ENCANTADA) funciona, de alguna forma, en una realidad (PARALELA) en la que (LO REAL) no corre ningún peligro. No hay nada, en esa mansión, amenazando con aparecer –oh, en realidad, sí lo hay, pero todo el mundo sabe que jamás habrá una evidencia clara de ninguna aparición ectoplásmica, así que ¿qué más da?– y hacer tambalear aquello que, en su caso, se ha dado por supuesto que ocurre cuando dejas de estar vivo. Es por eso que la historia alrededor de lo (IMPOSIBLE) sucediendo sin descanso en ella, en la (MANSIÓN), no deja de crecer, y se ovilla, y se estira, como si de una encantador animal salvaje sabiamente domesticado se tratase.

¿Que por qué?

Oh, porque lo está haciendo en otra dimensión.

¿En qué otra dimensión?

La dimensión de lo desconocido, entendido lo desconocido como

algo que se acepta porque nunca (JAMÁS) va a colisionar verdaderamente con (LO REAL).

De ahí que lo que ocurre en la mansión Boleskine no forme parte de la batalla por la credibilidad narrativa que ha librado (NESSIE) desde que Aldie McKay, su *descubridora*, su puede que descaradamente oportunista *creadora*, levantó el auricular del teléfono de la recepción de su hotel y llamó a Alex Campbell, el autor de aquel minúsculo breve en el *Inverness Courier*, que lo puso todo en marcha. Y así no importa lo que se diga de lo que pasa ahí dentro. No importa que Jimmy Page, el guitarrista de Led Zeppelin, diga que «un hombre fue decapitado en su interior» y que «a veces puedes oír su cabeza rodando por el suelo». El interior es el interior de la mansión Boleskine, y si Page sabe lo que puede oírse dentro es porque la mansión fue, durante un tiempo, *suya*. Page era un admirador de Crowley, el tipo que, en su tiempo, fue considerado El Hombre Más Malvado del Mundo, y que, se dice, llegó a convocar a 115 espíritus en los años en los que vivió en la casa, siendo uno de ellos nada menos que el mismísimo Lucifer. Todo tipo de cosas extrañas, se cuenta, acababan por sucederle a cualquiera que pisaba el lugar, participase o no de las orgías de magia negra de Crowley. Se dice, por ejemplo, que una tarde, cuando Crowley volvió de cazar, encontró un cura sentado en la sala principal, esperándolo. Había venido a contarle que el casero, Hugh Gillies, que era abstemio y extremadamente pacífico, se había emborrachado y había intentado asesinar a toda su familia. Dos de sus hijos murieron en aquellos años, quién sabe si por culpa de la casa. Y hay al menos un cadáver, dos, en realidad, de aquella época. El primero es el de un trabajador de la casa, alguien que hacía tareas de mantenimiento,

que se suicidó en el granero. El segundo, el de un carnicero que solía pasarse por la casa. Se cuenta que se cortó haciendo su trabajo y que acabó desangrándose. En una de las versiones de su muerte, habría sido Crowley quien le habría *hechizado* y convencido para que se *cortase*. En la otra, el carnicero habría anotado el nombre de dos demonios *durante* la carnicería. Las historias que se cuentan son descabelladamente macabras, e infinitas. El escritor W. Somerset Maugham, que se consideraba no tanto amigo como conocido del famoso ocultista, pasó por la casa en algún momento, y en 1908 publicó una novela basada, en parte, en lo que allí vio. La novela, titulada *El mago*, caricaturizaba a Crowley, y sus sesiones de invocación y magia negra. Crowley la despedazó en una crítica que publicó fingiendo ser un tal Oliver Haddo. En 1913, harto de que nada saliera como debía, o simplemente aburrido de la clase de atención que despertaba en el lugar, la Gran Bestia –así se hacía llamar también, The Great Beast 666– vendió la casa. Y todo tipo de cosas siguieron ocurriendo en ella después de que lo hiciera. Incluido el suicidio de uno de sus propietarios, el mayor Edward Grant. Grant se pegó un tiro en el que había sido el dormitorio de Crowley. El estruendo de la escopeta, dicen, se oye cada noche a la misma hora en que Grant se disparó. ¿Alguien lo duda? Page, su más ilustre dueño desde Crowley –el cineasta experimental Kenneth Anger, autor del totémico *Hollywood Babilonia*, alquiló la casa durante una temporada pero no se le ocurrió comprarla–, culpa a la maldición que pesa sobre ese condenado lugar de todas las tragedias que asolaron a Led Zeppelin –entre ellas, la muerte de su batería, John Bonham, y la de Karac, el hijo pequeño de Robert Plant– durante aquellos años. ¿Y acaso alguien se atrevería a contradecirle? ¿Acaso alguien le

diría (OH, NO) (LAS CASAS NO HACEN ESE TIPO DE COSAS) (LAS CASAS SÓLO SON CASAS)? ¿Por qué iba a tener que hacerlo? Todo lo que sea que ocurra allí dentro –y eso incluye la teoría de que en el lugar existe un pliegue temporal que permite que todo suceda al mismo tiempo, y que los hombres del siglo XIII vean a los del siglo XX como si fueran fantasmas, y viceversa, y que sea esa disincronía la que provoque el *desastre*– lo hace en su propia *realidad*, una que no entra en conflicto con aquella a la que la (FÁBRICA DE NOTICIAS) da *forma* –esto es, todo lo que creemos saber sobre el mundo, y lo que sea que hacemos aquí, y cómo lo hacemos, y, oh, todo eso que, en tanto especie escritora, hemos *escrito*, conjuntamente, nuestra obra *colectiva*– y en la que, manifiesta y justificadamente, *cree*.

Así, cuando, en el futuro, la mansión Boleskine abra sus puertas al público, cosa que ocurrirá en 2025, se convertirá, automáticamente, en algo *experimentable*, y *visible*, en algo *visitable*, y fotografiable, algo como el propio *loch* en tanto *loch*, o los rebaños de vacas peludas que consuelan a los turistas ante la no visión del (MONSTRUO), puesto que (BUENO, NO VIMOS AL MONSTRUO) (PERO VIMOS UNA VACA CON FLEQUILLO) (¿QUÉ CLASE DE COSA ES UNA VACA CON FLEQUILLO?) (¿SABÍAS SIQUIERA QUE EXISTEN?). El conductor del autobús de esa, mi futura y a la vez *pasada* expedición, dice que se crían, esas vacas, llamadas simplemente (HAIRY COO), esto es, (VACAS PELUDAS), o vacas de las Highlands, con el único fin de ejercer como reclamo turístico. No tienen otra utilidad que la estética. En las tiendas de *souvenirs,* los peluches de (NESSIE) *compiten* con *ellas*, y tratan, tal vez, de desplazarlos, o lo hacen inevitablemente, entendiéndose aquello, el

(MONSTRUO), como el vestigio de un pasado que nada sabía de *datos*, ni de la *literalidad* cuantificable del futuro *presente*, y esto, la (VACA PELUDA), como el algo *real*, o *realista*, esperable y *conseguible*, que no debe imaginarse porque existe, y por lo tanto, importa. Oh, no lo hace, en realidad, porque nada de lo que existe importa demasiado hoy, a menos que tenga que ver con un (YO). Pero el hecho de que exista implica que, de ninguna forma, puede *escapar* a lo que ese (YO) entiende por (MUNDO), y por lo tanto, no puede *eclipsarlo* con su terca incertidumbre, con su inasible condición de *leyenda*, como inevitablemente hace el (MONSTRUO).

Es curiosamente interesante en ese sentido de qué forma la (HISTORIA OFICIAL) ha mantenido a (NESSIE) *congelado* en el tiempo. Es interesante de qué manera ha sido incapaz de *desbloquear* su situación. Su situación es la de un algo que se avista pero no se apresa, un algo que, por lo tanto, no existe, pero que podría hacerlo. A diferencia de los fantasmas de la mansión Boleskine, (NESSIE) podría probar *físicamente* su existencia, y ¿qué ocurriría si lo hiciera? ¿Qué ocurriría si apareciese? He aquí algo que ni siquiera la ficción se ha atrevido a imaginar, a menos que imaginar un (MONSTRUO) en un lago implique imaginar a una despiadada y ridículamente hambrienta criatura decidida a sembrar el pánico entre incautos bañistas, como hacía el temible tiburón blanco de la no real Amity Island. Puede que entre finales de la década de los 80 y 2007 –año en el que, veremos, tuvo lugar un formidable avistamiento, tan formidable que el mismísimo Adrian Shine, esa suerte de autoridad del *loch*, llegó a decir de él, de la prueba fílmica que aportó el avistador, Gordon Holmes, que es «el mejor metraje jamás visto»– no ocurriera demasiado –oh, hubo algún intento protocientífico de

dar con *ella*, inconclusivo, por supuesto–, pero la historia estaba ahí, y siguió utilizándose, como, a menudo, recurso para, por ejemplo, ahondar en la excentricidad, o infantilización de un personaje –tal es el caso de Marshall, el personaje que interpreta Jason Segel en la serie *Cómo conocí a vuestra madre*, un encantadoramente ingenuo abogado obsesionado con el (MONSTRUO) desde niño, que sueña con convertirse en (NESSIE HUNTER) y, al final, lo consigue, o casi, durante su luna de miel, en la que no hace otra cosa que observar el *loch*–, o alimentar contenedores de misterios como la criptofílica *Expediente X*, que no, no dedicó un episodio a (NESSIE), pero lo utilizó, utilizó la (LEYENDA), en realidad, la trasladó a un lago de Georgia, lago en el que supuestamente vivía una criatura marina llamada, sin más, (BIG BLUE), una criatura marina malvada, o peligrosa, que se comía al perro de Dana Scully, Queequeg, llamado así en homenaje al amigo bruto, el amigo embalsamador de cabezas, de Ismael, el narrador de *Moby Dick*, y no casualmente. Porque puede que fuese *King Kong* la llama que prendió la (IDEA) del *rescate* de la (LEYENDA), por aquel lejano entonces en que los McKay circulaban, puede que no inocentemente, en su coche con aspecto de coche de caballos junto al lago, pero, con el tiempo, y sobre todo, la obsesión por el *no* desarrollo de la acción, ni siquiera imaginariamente, es *Moby Dick* el clásico que mejor entiende, y explica, aquello que representa (NESSIE), esto es, en algún sentido, lo afortunadamente inalcanzable. La búsqueda, infructuosa pero *real*, de lo (FANTÁSTICO), de aquello que permitirá extraer otro mundo, un mundo nuevo, del *mundo*.

Si *Moby Dick* es una carta de amor, feroz y salvaje, a lo desconocido, a aquello que creemos conocer –todo ese

exhaustivamente enciclopédico detalle sobre la ballena no es más que un intento de apresar lo *inapresable*, pues, todo el tiempo, el libro, en la voz de Ismael, se dice a sí mismo que todo eso no son más que conjeturas, puesto que jamás se ha estado ante una criatura como Moby Dick, por lo que, por más que se intente *explicar*, resultará, para siempre, *inexplicable*– pero que jamás conoceremos –y he aquí la forma en que Herman Melville, ese maltratado trabajador de aduana al que la *secta* literaria ignoró, dio en el *blanco*, porque nada jamás sabremos de lo que, en realidad, somos–, (NESSIE) es su elemento de resistencia ante la soberbia del ridículo sabelotodismo contemporáneo. Si el (MONSTRUO) existe, si lo ha hecho desde el principio, ha vivido, todo este tiempo, sin saber de nuestra existencia, *ajeno* a nuestra engreídamente enferma idea de civilización, lo cual resulta, hasta cierto punto, inconcebible, insoportable. El (MONSTRUO) no nos reconoce, ni como *amos* del planeta, ni como *nada*. Es curioso, puede que para la (REALIDAD) que sólo cree en aquello que *controla*, sea (NESSIE) quien no exista, pero, de existir, para (NESSIE), seríamos nosotros quienes no existiríamos, y quizá no lo hagamos. ¿Y no sería algo así liberador? ¿No nos permitiría empezar de *cero*? ¿No nos estaría brindando otra oportunidad? ¿No podríamos ser distintos? Puesto que, si el (MONSTRUO) existe, en tanto criatura prehistórica no *manipulada*, no *alcanzada* aún por el ser humano, algo aún no se habría *perdido*. Y eso es a lo que la (REALIDAD) que quiere creer, esa (REALIDAD) que, aunque *batalle* por mantenerse firme y no consentir la posibilidad de la existencia del (MONSTRUO), tratando de ridiculizarla, tratando de asfixiarla, podría estar aferrándose,

manteniendo la (HISTORIA OFICIAL) *congelada* en la (BÚSQUEDA).

En otoño de 1971, el reverendo Gregory Brusey paseaba con su amigo Roger Pugh por los alrededores del monasterio de la abadía de Fort Augustus, situada al sudoeste del lago Ness. «Era una bonita mañana. Hacía buen tiempo, y el agua estaba en calma», dijo del momento en el que la cosa apareció. «Paseaba con un amigo de Londres, un organista», dijo también. Él mismo era también organista. Un virtuoso. Daba clases de música en la escuela. Porque la abadía tenía una escuela. Era pues, una vez más, el *avistador*, un alguien respetado. «De repente, como a doscientos metros o menos del lugar en el que nos encontrábamos, se produjo una enorme alteración en el agua. Fue entonces cuando vimos emerger el cuello. Era negro, y debía de medir unos veinte centímetros de ancho, y como dos metros de largo. A continuación apareció una especie de joroba. Se alejó, y luego se sumergió de nuevo. No era un barco, ni era un árbol caído, ni era un pez. Era un animal diferente». He aquí lo que dijo el reverendo Brusey. También dijo que su amigo, el organista, le había confesado que, de haber estado solo, «habría echado a correr, muerto de miedo». Esto último se lo dijo a alguien del equipo del programa (IN SEARCH OF). Se lo dijo otra mañana cualquiera, junto al lago. Iba, el reverendo Brusey, vestido de reverendo, por supuesto. A su testimonio le dio paso la voz de nada menos que Leonard Nimoy. Sí, el mismísimo Spock, de *Star Trek*. Nimoy era el presentador del programa. El programa era un programa estadounidense, y de la misma manera que, como su propio nombre indica (IN SEARCH OF), iba (EN BUSCA DE) (MONSTRUOS), iba en busca de (PERSONAS DESAPARECIDAS),

(EXTRATERRESTRES), y (CIVILIZACIONES PERDIDAS). El programa estuvo en antena desde 1977 hasta 1982. No fue Nimoy, en cualquier caso, el único *famoso* que presentó algún tipo de programa dedicado a (NESSIE). Arthur C. Clarke, el escritor, el autor de *2001: Una odisea del espacio*, también lo hizo. De hecho, Arthur C. Clarke tenía su propio programa de misterios en la BBC. Se llamaba, simplemente, (ARTHUR C. CLARKE'S MYSTERIOUS WORLD). En el episodio dedicado a los (MONSTRUOS EN EL LAGO), Clarke envió a su equipo a charlar con los protagonistas –los protagonistas de este libro, y de la (HISTORIA OFICIAL)–, así que, si quieren *ver* a Alex Campbell, el tipo que escribió el minúsculo breve en el *Inverness Courier* que lo puso todo en marcha, no tienen más que buscar el episodio dedicado a (MONSTRUOS EN EL LAGO) de (ARTHUR C. CLARKE'S MYSTERIOUS WORLD). También verán a Arthur C. Clarke, pero no en el *loch* Ness ni en ningún otro *loch*. Le verán pasear junto a la orilla del mar, en Sri Lanka, bajo un enorme parasol de colores. Por entonces, el escritor vivía en tan exótico lugar dedicado a la fotografía submarina y, por supuesto, a la ciencia ficción. Y es probable que, en tanto *avistador* nato, no de *monstruos* sino de platillos volantes –siendo el más famoso de cuantos platillos vio, el que avistó junto a Stanley Kubrick una noche de 1964 en la azotea del ático que el director tenía en Nueva York, noche en que acordaron embarcarse juntos en *2001: Una odisea del espacio*–, estuviese de acuerdo con el reverendo Brusey en lo que diría, no en el programa de Nimoy sino ante la prensa local después de su avistamiento. (DEJEN EN PAZ AL MONSTRUO), dijo el (REVERENDO). Y lo dijo en un intento por conservar el (MISTERIO), eso que, al parecer, ha hecho desde el principio, y a conciencia, la

(HISTORIA OFICIAL). «En esta era tecnológica en la que vivimos no hacemos más que tratar de etiquetar las cosas. Yo soy un gran defensor de lo desconocido. El misterio mantiene a la gente, en algún sentido, viva. No deberíamos intentar acabar con él», dijo el reverendo Brusey. O, al menos, una declaración parecida contiene uno de esos libros como catálogos –en este caso, un catálogo de *avistamientos*– con los que daré, en un momento de mi expedición entonces futura, hoy *pasada*, en la única tienda de *souvenirs* en la que, además de peluches de (NESSIE) con pajarita, y *gaita*, habrá *libros* sobre el (MONSTRUO), ese tipo de nada serios, anecdóticos, libros, de un mismo y único título, *The Loch Ness Monster*.

Existe una razón, me digo, por la que la (HISTORIA OFICIAL) no ha podido aún descongelar ese momento, el momento del avistamiento, y es la de que ese momento aún no ha pasado, es decir, nada *palpable* ha sido encontrado en el (LAGO) y, por lo tanto, la historia no ha continuado. Pero que la ficción insista en permanecer también a ese otro lado de la (REALIDAD), el lado en el que aún todo es posible, como ocurre en cualquier episodio de *Expediente X* pero, concretamente, en el mencionado, no tiene ningún sentido. El episodio, por cierto, se titula *Quagmire*. Oh, y si quieren otro ilustre ejemplo al respecto puedo mencionarles el de *La vida privada de Sherlock Holmes*, la curiosa película de Billy Wilder en la que el avistador era el mismísimo Sherlock Holmes. La película se filmó, en parte, en el *loch*, en 1969, un año antes de que se desatase la (FIEBRE) por el (MONSTRUO), y la anécdota más divertida al respecto tiene que ver con el gigantesco (NESSIE) que se fabricó para rodar la escena, que el equipo hundió en el lago y que se encontró bajo el agua en 2016. ¿Y acaso no podría la ficción

haber *avanzado*? ¿No podría haber *descongelado* ese momento? Pero ¿estaría el misterioso y lejano *cuadro* en *movimiento* que puede verse desde la cubierta del barco en el que sigo recorriendo el lago observándote como lo hace, deseoso de ser *desatascado* si lo hubiera hecho? No, por supuesto. Y eso impediría que cualquiera que se aposte en un barco parecido, o contemple el *loch* desde un sendero, o una colina, pudiese llegar a hacerlo. Hay en esa poderosa democratización de la condición de (ELEGIDO) un magnetismo inexplicablemente feroz y en algún sentido *sagrado*.

Steve Feltham lleva 33 años no haciendo otra cosa que contemplar el lago. Lo contempla desde su autocaravana. Su autocaravana es una antigua biblioteca ambulante. Feltham tenía 28 años cuando decidió que la vida no le parecía suficiente. Corría el año 1991. «¿Acaso iba a desperdiciar mi vida instalando alarmas en casas cuando podía irme a vivir al lago y, tal vez, toparme con el (MONSTRUO)?», le contó Steve a Vicki Newman, la articulista que escribió sobre él en la página oficial de los Guinness World Records. Oh, sí, Steve tiene un récord Guinness. Es la persona que más tiempo ha pasado tratando de dar con el (MONSTRUO). Cada día, desde hace 33 años, Steve se levanta, se sirve un café, tal vez salga a estirar las piernas y contemple su *casa*, la llamativamente encantadora autocaravana situada en Dores Beach en la que recibe a los turistas, turistas que acuden a él en busca de figuritas de (NESSIE) –las hace él mismo, y luego las coloca sobre una mesa de madera con aspecto de tocón, bajo un letrero pintorescamente enternecedor pintado por él mismo en el que puede leerse (NESSIE MODELS)– pero también, y sobre todo, con el fin de mostrarle las fotografías que, supuestamente, tomaron del (MONSTRUO) en su

momento –algunos, hace más de 60 años– y preguntarle si cree que esa cosa que puede verse en la imagen es (NESSIE). Invariablemente, les dice que no. Porque en ningún caso lo es. ¿Ha visto Steve al (MONSTRUO)? Dice que creyó ver algo enorme, que se movía «como un torpedo», al poco de llegar. «Ni siquiera me dio tiempo a enfocar la cámara», dice. Desde entonces, nada. Y eso que el lugar que ocupa en Dores Beach es un enclave ideal para su misión, puesto que, desde su ventana, desde la ventana panorámica *frontal* de su, a la vez, hogar y pequeño negocio –un hogar y pequeño negocio con algo parecido a un salón *descubierto*, junto a la puerta, y a la orilla del *loch*, poblado con una pequeña mesa blanca, un pequeño banco, también blanco, y una confortable silla de madera desde la que, también, a veces, Steve observa la enigmática superficie del agua–, puede ver nada menos que 23 millas de lago, es decir, más de 37 kilómetros. Y pese a ello, pese a que (NADA) ha vuelto a ver desde aquel día de 1991 en que creyó avistar algo «enorme y poderoso», un algo que cruzaba el lago, bajo el agua, provocando «olas de cerca de un metro de altura», no piensa marcharse. Steve tiene una página web, llamada simplemente (NESSIE HUNTER), en la que da cuenta de aquello que hace –sobre todo, conceder entrevistas, y sí, llegar a conclusiones sobre, por ejemplo, cómo de mayestático fue el *contacto* que se produjo en 2020, cuando el sónar detectó una alteración inexplicable en el fondo del *loch*–, y a través de la que puede accederse a una suerte de *videodiario*, un curioso documento que emitió la BBC. Tiene también, Steve, su propio canal de YouTube. ¿Se arrepiente en algún momento de haberlo dejado todo atrás? Steve dice que no. Que, de alguna forma, soñaba con instalarse allí desde los siete años. A los

siete años, Steve fue con su familia, por primera vez, al lago. Por entonces, estaba convencido de que el (MONSTRUO) era un *dinosaurio*. Y de que, por supuesto, iba a *verlo*. Tarde o temprano. Quizá por eso fue en más de una ocasión. De hecho, llegó a ir tantas veces, tantos veranos, que su padre dijo del (MONSTRUO) que había sido (LA MEJOR NIÑERA) que habían tenido (NUNCA). ¿Sigue creyendo Steve que (NESSIE) podría ser un *dinosaurio*? «Sea lo que sea, es más de una cosa. Nada puede haber vivido durante 1.400 años en un lugar sin más», le dice, en un momento dado, a Vicki Newman. También le dice que ya no cree que (NESSIE) pueda ser un dinosaurio. Cree que es algo enorme, eso sí. Un tipo de pez –«de tres o cuatro metros»– que aún no ha sido descubierto. ¿Y sería ese pez un pez *fantasma*? Porque ¿de qué otra forma sino se explicaría la manera en que aparece y desaparece a su antojo, la manera en que es, a veces, *visto* y, en ocasiones, *detectado*, pero jamás *cazado*, por más que no sea un algo único, por más que el *loch* deba estar ligeramente *plagado* de esos enormes *ellos*?

Se diría que Steve Feltham es lo más cerca que se ha estado de *descongelar* esa escena que la (HISTORIA OFICIAL) insiste en *rehabitar*. El lejano y *mítico* cuadro en *movimiento* que representará para siempre a alguien observando el lago en busca de una criatura prehistórica. Un alguien que puede ser cualquiera y que, por lo tanto, *lo es*, un alguien que es la idea misma de la *humanidad* en busca de una *salida*. Porque la posibilidad del (MONSTRUO) *es* una *salida*. ¿Una salida a qué, se preguntarán? Oh, muy sencillo. Una salida a aquello que ocurrirá cuando no ocurra *nada*. Una salida a lo que sabemos del (FIN). Al auténtico (PAÍS DE NUNCA JAMÁS). Es curiosa también la forma en la que se ha malinterpretado a J.M.

Barrie desde el principio. J.M. Barrie fue el autor de *Peter Pan*. Cuando James –la J. es por James, y la M. por Matthew– era niño, su hermano mayor, David, murió de una forma ridícula. Un momento estaba patinando sobre hielo, y al momento siguiente estaba muerto, porque el hielo se había roto, y se había ahogado. David tenía 14 años. Como Peter Pan, no llegó a crecer. Se ha dicho a menudo que los Niños Perdidos de la novela están basados en los niños de los Llewelyn Davies, una pareja de buenos amigos a los que la muerte sorprendió demasiado pronto. De hecho, Barrie hizo de padre de los niños cuando primero él y luego ella se mudaron al (PAÍS DE NUNCA JAMÁS). Así que es lo más probable. Pero el *alma* de Peter Pan es su hermano David. El niño que no llegó a crecer y que el escritor prefirió imaginar mudándose a un lugar –Oh, la (MUERTE) ¿O qué es sino el (PAÍS DE NUNCA JAMÁS)? ¿Qué se hace después de muerto sino (NUNCA JAMÁS) *nada*?– en el que podría ser un niño (PARA SIEMPRE). ¿Han advertido el uso de la palabra mágica? *Imaginar*. El lugar al que se mudó David Barrie al ahogarse fue, en realidad, la (IMAGINACIÓN) de su hermano *escritor*, ¿y qué no daría la (REALIDAD) por *creer* que ese lugar *existe*? He aquí la razón por la que la ficción –ese episodio de *Expediente X*, Billy Wilder, el iluso Marshall Eriksen–, pudiendo *inventar* un *desvío*, un *feliz* desenlace, insiste en *reescribir* el mismo exacto momento *eterno* en el que el (MONSTRUO) aparece, es *avistado*, y desaparece. El mismo exacto momento que la (REALIDAD) reproduce incansablemente, tal vez sin razón desde el principio. Permaneciendo en el *limbo*, en esa grieta de lo afortunadamente aún imaginado, donde nada de lo que sin duda ocurrirá tiene por qué ocurrir jamás, (NESSIE) representa, (AHÍ FUERA), la propia idea de

lo (FANTÁSTICO). ¿Quiere, entonces, la (REALIDAD) *creer*? Oh, no sólo es que quiera, es que *necesita* hacerlo porque no hacerlo significaría que no va a existir otra oportunidad, que lo que creemos ver es todo lo que hay. Podría decirse que el ser humano inventó el concepto mismo de (FANTASÍA) como un (ESCUDO) ante eso que ocurrirá cuando no ocurra *nada*. Lo hizo para darnos una oportunidad. Michael Ende escribió algo parecido a un manual narrativo de esta, nuestra especie, la especie *escritora*, un manual de conducta de lo humano representado por su propia imaginación, por su capacidad de asombro ante el (MUNDO) y (LO DESCONOCIDO), por la posibilidad, en realidad, de transformación de ese (MUNDO) mediante la *reescritura* del mismo en clave única y no estable, no predecible, no *acordada* por (LO REAL), un (YO) constructor decidido a empequeñecerse a sí mismo y expandir el resto, y lo terrible, devastador, *mortal* de su pérdida –¿Qué es el Reino de Fantasía sino una *salida* capaz de contener todas las salidas *posibles*? cuando escribió *La historia interminable*, cuyo título, curiosamente, hace referencia a la eternidad de todo momento, no ahí fuera sino *ahí* dentro, en el lugar en el que sucede lo que se imagina mientras se imagina. Pero el ser humano no inventó *nada*, en realidad. Lo que hizo fue *conservar*, mantener, y alimentar una pequeña parte, una minúscula pero en exceso brillante parte, de la propia condición del mundo en tanto lugar misteriosamente (FANTÁSTICO), una parte *soportable*, y admisible, escondida en, sí, *posibles*, por qué no, criaturas prehistóricas que jamás van a poder contemplarse como se contempla cualquier otro tipo de criatura no *fantasma* que exista, y que, al no hacerlo, permanecerán en ese

limbo en el que nada de lo que sin duda ocurrirá tiene por qué ocurrir jamás y todo aún es afortunadamente (POSIBLE).

El año 2007, un tipo llamado Gordon Holmes, un tipo que ni siquiera era un (NESSIE HUNTER), un tipo que se había dejado caer por el *loch* con una videocámara corriente, captó, fílmicamente, una vez más, al (MONSTRUO). Lo que se ve en las imágenes, que reprodujo una televisión local con la curiosidad, en algún sentido divertida, irrisoria, de aquel otro tiempo, el tiempo en el que todo eran (TITULARES) más o menos extravagantes sobre todo tipo de ridículos avistamientos, es, efectivamente, algo enorme. Mejor dicho, es la sombra de algo enorme que estuviera moviéndose bajo el agua. Algo *largo* y decididamente *rápido*. En la pieza televisiva, la corresponsal, Nicola McAlley, conviene con el tal Holmes –un tipo en chándal, sin demasiado pelo, y cierto aire de chiflado *casual*– en que el avistamiento –de cuya prueba fílmica Shine, esa suerte de autoridad del *loch*, dijo que se trataba, sin duda, del «mejor metraje jamás visto», (¡EL MEJOR METRAJE JAMÁS VISTO!)podría suponer una suerte de revulsivo turístico para el lugar, dando por hecho que la aparición de (NESSIE) podía, finalmente, llegar a producirse y ¿de veras eso sería *todo*, me pregunto, acodada en la cubierta del pequeño barco con cafetería, y todas esas cosas (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), esas cosas que sólo pretenden explotar la *etiqueta* de la que hablaba el reverendo Brusey, demasiado tiempo después, y a la vez, para siempre, *aquí* dentro? ¿De veras si la (COSA) finalmente *apareciese*, y se dejase *ver*, no aislada y milagrosamente sino verse sin más, y en cualquier momento, si fuese una especie de enorme *delfín* disfrutando de su

vida no oculta en el (LAGO), eso sería *todo*? Oh, puede que lo fuese para esa parte del mundo que viaja conmigo en la cubierta del crucero Jacobite, esa parte del mundo que sólo existe para sí misma, que ha sido devorada por el desalentador (YO) mayestático e inflexiblemente *estéril* del presente, ese (YO) suprema y ominosamente narcisista que no hace otra cosa que mirarse al espejo, reflejarse y únicamente prestar atención a aquello que lo contiene, aquello que lo *incluye*. Porque ¿acaso hace otra cosa (ESA PARTE DEL MUNDO), en la cubierta de ese pequeño barco que está recorriendo la misteriosa y, en algún sentido, *imposible* superficie del *negrísimo* lago Ness, que *coleccionarse*? Colecciona, (ESA PARTE DEL MUNDO), hoy, momentos, en realidad, ridículas versiones de sí misma, ajena por completo a su adorable insignificancia *repetida*. Nada que no la incluya será contemplado, no ya con interés, sino meramente *contemplado*, porque nada que no la incluya, *existirá*. Así, de aparecer, definitivamente, el (MONSTRUO), de convertirse en auténtica atracción turística, una atracción turística *física* y no *mental*, lo que (ESA PARTE DEL MUNDO) que representa una cada vez mayor parte del mundo, haría, no distaría en exceso de lo que hace hoy, ante el *loch*, o ante cualquier otra cosa que pretenda convertir en (OBJETO) de (COLECCIÓN), esto es, colocarse ante ello y disparar el objetivo de la cámara para *atraparse* a sí mismo y *capturar*, al hacerlo, el (OBJETO) en cuestión, no tanto como (OBJETO) en sí sino como (DECORADO). Aparecería el (MONSTRUO), y sí, Inverness se llenaría de (HOTELES), y no sólo Inverness, el *loch* acabaría *asfixiándose* bajo la presión del (TURISMO) que, por fin, tendría algo que *ver*, que no estaría sintiéndose ridículo, como se siente hoy, en la cubierta de ese

pequeño barco, fotografiándose ante ¿qué? ¿Un *paisaje*? ¿Un lago *lluvioso*, oscuro, *aburrido*? ¿Qué clase de *rentabilidad* existencial, *identitaria*, *productiva*, puede tener hoy, en la Era del Reflejo Propio, en la Era del (YO) compartible, del múltiple (YO) omnipresente, un (LAGO) que, como (DECORADO) es apenas un (DECORADO) *fantasmal*, en el (CEREBRO) ansioso por dar con algo que *brille* más y *mejor*, por algo que, como el césped, sea siempre más verde del otro lado, de *tu* lado, algo tan admirablemente deseable que no se hable de otra cosa? No demasiada, por no decir *ninguna*. De ahí el (RIDÍCULO), y el (ABURRIMIENTO) de los pasajeros, en su mayoría, parejas que parecen *soportar* estoicamente el discurso, algo entusiasta, del *capitán*, el discurso que se radia por todo el barco, y que apenas esboza una diminuta parte de la (HISTORIA OFICIAL), aunque señala, con, tal vez, la intención de hacer despertar a ese contenedor de cloroformizados seres humanos, el lugar en el que más avistamientos se han producido. Y lo único que ocurre es que alguien levanta la vista, y observa el montón de agua, y se encoge de hombros, y ¿acaso no es otro montón de agua? La familia de cuatro que, en ningún momento, ha dejado de fotografiarse, porque ninguna de las fotografías que toma le parece (SUFICIENTE), porque en ninguna de ellas parece que esté ocurriendo (NADA), parece sacada de aquella escena en *Ruido de fondo*, la novela de Don DeLillo, en la que hordas de turistas se detienen junto al granero «más famoso de Estados Unidos», el granero de Thomas Alma Moulton, para tomar una fotografía panorámica del mismo, la *única* fotografía que *debe* tomarse de él, y están tomando, sin saberlo, una fotografía de la fotografía, pues el granero, en tanto lo que fue, un granero de una extraña belleza, hace

demasiado que desapareció. El granero de Thomas Alma Moulton no es más, hoy, dicen los personajes, que un granero *virtual*, un granero *ficticio*, algo que nadie está viendo, porque ya no existe como otra cosa que no sea su *representación*, y ¿qué busca sino esa familia de cuatro que, en ningún momento, observa el lago en busca de ningún (MONSTRUO), ni tan siquiera admirada por su hipnótica y densa negrura, que sólo se observa a sí misma por el objetivo de la cámara, bajo el fondo *gris* e irreconocible, y por lo tanto, inservible, del *sitio*, sino algún tipo de *representación*? Su desesperada búsqueda de *sentido* no hallará asidero hasta que el pequeño barco atraque junto al reconocible castillo de Urquhart, la fotografía que debe tomarse, el *granero* del *loch*.

Siendo así, ¿no supondría el hallazgo definitivo de (NESSIE) poco más, para (ESA PARTE DEL MUNDO), que un *trabajo*, un algo que, tarde o temprano, tendría que hacer, un algo que tendría que, a su particular manera, *cazar*, y *anestesiar*, cazándose, de paso, y anestesiándose, a sí misma, anotándose, inútil y tontamente algún tipo de (TANTO)? ¿No convertiría (ESA PARTE DEL MUNDO) a (NESSIE) no en el (DECORADO) de su engreída y ridícula *conquista*, sino en algo aún peor, un mero *elemento* de ese mismo (DECORADO)? Imaginen. Se construirían (MIRADORES) desde los que (ADMIRAR) el largo cuello del (MONSTRUO) en los que (ESA PARTE DEL MUNDO) se amontonaría para no mirar al (MONSTRUO) sino mirarse a sí misma ante el (MILAGRO), un (MILAGRO) que, por supuesto, no considerarían tal, porque la humildad con la que te aproximas a la posibilidad de que algo así exista hoy, y entonces, dice mucho de quién eres en realidad. ¿Eres alguien que vive en un mundo en el que (TODO), incluida tu propia

existencia, es un (MILAGRO), o eres alguien que cree que todo esto, el (UNIVERSO) al completo, está aquí para (TI)? Oh, está muy claro qué clase de alguien es (ESA PARTE DEL MUNDO). Pero ¿dirías que formas parte (TÚ) de ella?

Dice Tim Dinsdale en su honesto, sabio, iluso y enterrado ensayo que, con la edad, perdemos la capacidad de imaginar y asombrarnos. Pero lo que perdemos, en realidad, es la humildad. Creemos ser algo que importa (MÁS) que el (RESTO) cuando (NADA) puede importar menos que un alguien cualquiera, repetido, de la única especie consciente, y a la vez, soberbiamente inconsciente –inconsciente ante su propia condición de ente inexplicable y, por lo tanto, infinitamente fascinante–, del planeta. No considerar la posibilidad de lo (FANTÁSTICO) es darse la espalda a uno mismo, pues (TODO) en el mundo que habitamos es un elemento (FANTÁSTICO). El mismo mundo (¡EL PLANETA TIERRA!), lo es, ¿o qué podría ser sino un algo *redondo*, enorme y *bañado* en agua, que da vueltas por el espacio, *repleto* de cosas *vivas* que podrían no estarlo, pero que lo están, sin que nadie sepa bien por qué, ni qué es exactamente la (VIDA), ni de dónde (VIENE)?

Hay, junto a la esclusa de Dochgarroch, el lugar en el que tomaré el pequeño barco en el que recorreré, para siempre, aquí *dentro*, el lago, una idílica casa habitada por una anciana apicultora. Es la *única* casa con vistas al canal, y al pequeño embarcadero –la esclusa– del que parte el crucero. Tiene un pequeño jardín, con un pequeño huerto, y *abejas*. Hay una niña contemplando las abejas no aún como eso que acabarán siendo para ella, como lo son para (ESA PARTE DEL MUNDO), algo molesto y temible, sino como lo que son en realidad: pequeñas criaturas fascinantes. No hay demasiados

niños a bordo de mi crucero Jacobite, y el más que probable porqué dice mucho de la forma en que el ser humano habita el mundo cuando aún no se ha convertido en (ESA PARTE DEL MUNDO), cuando aún todo es posible para él, porque, se diría, aquello que verdaderamente lo hace único, su (IMAGINACIÓN), o, en realidad, la flexibilidad ante una (REALIDAD) no *acordada*, no predecible, no *estable*, una (REALIDAD) aún misteriosamente frondosa, *selvática*, inexplicable, está al mando. ¿O acaso alguien, en su sano juicio, subiría a ese barco, a cualquier barco, sabiendo que hay un (MONSTRUO) en el (LAGO)? La niña que observa las abejas me pregunta aterrada si no tengo miedo. ¿No tengo miedo de que el (MONSTRUO) me *coma*? Ella nunca ha visto a un dinosaurio, dice. ¿He visto yo alguno? ¿No son *malos*? ¿No son *grandes*? ¿No podría comerse el barco *entero* si quisiera? Podría, le digo, pero no va a hacerlo, ¿y sabes por qué? La niña niega con la cabeza. Ni siquiera sabe lo que somos, le digo. Para él, ni siquiera existimos. Puede que ni siquiera exista el barco, le digo. Me mira sin entender. Observa las abejas. (YO NUNCA HE VISTO UN DINOSAURIO), repite, y (¿NO TIENES MIEDO DE QUE TE COMA?). No, no tengo miedo, porque, y aquí podría *inventar* un *escudo* creíble, también fantásticamente, cualquiera, y lo haré, porque eso es lo que hacemos –oh, no permitan que los (NIÑOS) viajen (SOLOS)–, cubrir la (REALIDAD) con *otra* (REALIDAD) supuesta, *segura*, nada *temible*, propia. Pero ¿es ésa la (REALIDAD) *real*? La (REALIDAD) *real* no existe. He aquí lo que (NESSIE) dice de la forma en que el ser humano habita el mundo, y del propio mundo en tanto, aún, lugar misteriosamente (FANTÁSTICO). Que todo ha sido, desde el principio, *posible*.

¿Acaso estaríamos siquiera aquí si no?

(NESSIE) no hace otra cosa que tratar de recordárnoslo.

La (HISTORIA OFICIAL) jamás va a dejar de *reescribir* ese lejano y *mítico* cuadro en *movimiento* que representa a alguien observando el lago en busca de una criatura prehistórica. Un alguien que puede ser cualquiera y que, por lo tanto, *lo es*. Un alguien que es la idea misma de la *humanidad* en busca de una *salida*.

He aquí por qué no lo hará.

No lo hará porque no puede permitirse hacerlo. Porque hacerlo significaría acabar con aquello en lo que consiste ser humano.

Buscar, encontrar, una, *otra*, salida.

Hay algo de justicia, y es una justicia *divina*, en realidad, una justicia *imaginativa*, en la manera en que cada uno de nosotros habita el mundo. Puesto que aquellos que más lo disfrutan no distan demasiado de aquellos que, en la cubierta de ese pequeño barco con cafetería y todas esas cosas (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), observan atentamente cada atisbo de movimiento en el agua, fascinados ante la posibilidad de ver emerger *algo*.

¿Me creerían si les dijera que yo misma vi emerger *algo*?

¿No?

¿Saben qué?

Me trae sin cuidado.

Hay un monstruo en el lago.

Lo estamos *imaginando*.

Llevamos imaginándolo mucho, mucho tiempo.

Oh, ya saben.

La batalla, como el espectáculo, debe *siempre* continuar.

El día que para siempre estará atrapado aquí dentro, el día en el que la autora se embarcó en ese pequeño barco con cafetería, y todas esas cosas (MONSTER SNACKS) y (MONSTER ALCOHOLIC DRINKS) y (MONSTER SOFT DRINKS), es el 15 de agosto de 2023. No lo hizo sola. La acompañó su hijo Arturo. Su hija Sofía y su marido, Jordi, se quedaron en tierra con aquel montón de pequeñas criaturas fascinantes: las abejas. Ya saben por qué.

[*] Basta con dirigirse a www.lochnesssightings.com.